HISTORIA

DE LAS

SAGRADAS RELIQUIAS

DE

SAN FRANCISCO DE BORJA

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7

1903

HISTORIA DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS

DE

SAN FRANCISCO DE BORJA



HISTORIA

DE LAS

SAGRADAS RELIQUIAS

DE

SAN FRANCISCO DE BORJA

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO

IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

1903



I

...et erit sepulcrum ejus gloriosum.
... y será glorioso su sepulcro.

(Is. cap. XI, v. 10.)

EL 30 de Setiembre de 1572, poco antes de la media noche, murió en Roma San Francisco de Borja, en la Casa-Profesa de la Compañía. Rodearon su lecho de muerte todos los Padres que en ella moraban, y hallóse también en el dichoso tránsito D Tomás de Borja, Arzobispo de Zaragoza más tarde, hermano de padre del Santo. Acongojóse en extremo D. Tomás al ver expirar á su hermano, y sacóle de allí el P. Juan de Polanco, para que diese rienda suelta á su dolor, en una cámara vecina que le habían preparado. Sosegóse al cabo, ya muy cerca del amanecer, y tornó en-

tonces á la alcoba mortuoria para orar ante el cadáver. Encontró en ella el santo cuerpo envuelto en un sudario, mientras le preparaban la humilde mortaja, y al verse solo ante aquellos preciados despojos, asaltóle una recia tentación de curiosidad indiscreta, que dió lugar á un raro prodigio.

Y fué el caso, que había en aquel santo cuerpo una particularidad muy extraña, que refiere el Ven. P. Pedro de Rivadeneira de la siguiente manera: «Fué el P. Francisco, dice, muy bien dispuesto, alto de cuerpo, de rostro largo y hermoso, blanco y colorado, de buenas facciones y proporcionados miembros. La frente ancha, la nariz algo larga y aguileña. Los ojos grandes que tiraban á zarcos, la boca pequeña y los labios colorados. Siendo mozo fué muy grueso de cuerpo, pero con los grandes ayunos y extremada penitencia se enflaqueció en poco tiempo de tal manera, que el pellejo quedó tan flojo y arrugado, que no parecía pellejo de aquel cuerpo, sino un cuero después de vaciado, y le doblaba sobre el estómago casi un xeme, como un jubón ó ropa que se traslapa una parte sobre otra».

Esta maravilla de la mortificación y penitencia fué la que D. Tomás de Borja quiso contemplar por sus propios ojos, y encontrando

la ocasión propicia y pareciéndole oportuno el momento, cedió á su irreverente curiosidad y alargó la mano para apartar el sudario y examinar el cuerpo. Mas no bien extendió el brazo, sintió en él repentina parálisis que se lo dejó agarrotado y yerto, hasta que, sobrecogido de espanto, dió voces y acudieron gentes, y declarada la culpa y retractado el mal deseo, recobró poco á poco vida en la sangre y flexibilidad en los movimientos. Todo lo cual declaró más tarde y depuso con juramento el propio D. Tomás de Borja en los procesos de canonización de su santo hermano.

Este fué el primer prodigio que obró Dios Nuestro Señor por medio del santo cuerpo del Duque de Gandía, y al día siguiente, que fué 1.º de Octubre de 1572, enterráronle en la antigua iglesia de la Compañía, entre los sepulcros de San Ignacio de Loyola, fundador y primer Prepósito General de dicha orden, y el del P. Maestro Diego Laínez, que fué el segundo.





II

En esta su primera y modesta sepultura permaneció el santo cuerpo cuarenta y cinco años, mientras por maravillosos caminos íbale Dios preparando otra más suntuosa, en que pudiera cumplirse aquello de Isaías: *Et erit sepulcrum ejus gloriosum.* Las cosas ordenólas la Providencia divina de la siguiente manera.

Era todavía España en aquel tiempo la más vasta y poderosa monarquía del mundo, y manejaba á su placer todos sus eficaces resortes el gran valido de Felipe III, D. Francisco de Sandoval y Rojas, Duque de Lerma, nieto, por parte de su madre D.ª Isabel de Borja, del santo Duque de Gandía. Era primogénito del Duque

de Lerma el no menos célebre Duque de Uceda, D. Cristóbal de Sandoval, que fué heredero de su padre en sus desaciertos de ministro y sus abusos de favorito, sin serlo igualmente en sus virtudes de cristiano y sus prendas de caballero.

En los tiempos á que nos referimos (1607) era el D. Cristóbal todavía Marqués de Cea, y hallábase casado con D.ª Mariana de Padilla, señora muy angelical y discreta. Vivía ya el matrimonio en el magnífico palacio que aún no había terminado en la calle Mayor, donde existen hoy la Capitanía general y el Consejo de Estado, y esperaba de un momento á otro un nuevo fruto de bendición que viniese á ilustrar sus nobles casas.

Pues sucedió, que cuando esperaba el Duque de Lerma la venturosa nueva de haberle nacido un nieto, avisáronle presurosos y aterrados que su nuera la Marquesa de Cea se hallaba á las puertas de la muerte por las apreturas del parto. Acudió ansioso el de Lerma, trayendo una reliquia de San Francisco de Borja que poseía, y encontró en el palacio la confusión y el terror que acompañan siempre á las catástrofes inesperadas. La Marquesa, sin sentido alguno, parecía ya próxima á expirar, y solo se oían en su cámara los lamentos y sollozos de los que la rodeaban.

Hizo el Duque de Lerma arrodillar á todos para encomendar la moribunda á su abuelo San Francisco de Borja, y púsole él mismo sobre el pecho la reliquia que consigo traía. Reanimóse instantáneamente la Marquesa á su contacto, y con la mayor facilidad dió á luz un niño muerto, quedando libre al punto, no sólo de todo dolor, sino hasta de las más naturales molestias.

Tan estupendo prodigio y en personas de tanto viso, asombró á la corte entera y corrió por todo el reino, y ya no tuvo el Duque de Lerma desde entonces otro pensamiento más fijo ni otro anhelo más constante que el de obtener del Santo Padre la canonización de su abuelo el Duque de Gandía, y el de alcanzar del General de los jesuítas la traslación á la corte de España de su santo cuerpo, para colocarlo en un templo que como muestra de gratitud á tan grande beneficio, tenía intentos de levantarle.

Comenzó, pues, el Duque de Lerma sus diligencias por tratar el asunto de la canonización con el Nuncio de Su Santidad en Madrid, Monseñor Decio Caraffa, que fué luego Cardenal-Arzobispo de Nápoles; y de acuerdo ambos personajes, convinieron en comenzar los primeros procesos de información, con autoridad del propio Nuncio Caraffa, en cuatro partes distin-

tas, que fueron Madrid, Valencia, Barcelona y Zaragoza.

Declararon en ellos los Duques de Villahermosa, Uceda, Gandía, Vibona, Pastrana y Lerma; el Príncipe de Esquilache, el Conde de Luna, el Cardenal D. Antonio de Aragón, tres Arzobispos, muchos títulos, Grandes, Maestros y Prelados religiosos, y hubo entre ellos un testigo de mayor cuantía, que fué el Ven. P. Pedro de Rivadeneira, ya octogenario, que declaró y apoyó con juramento todo cuanto había escrito en su *Vida del P. Francisco de Borja,* publicada en Madrid el año de 1592.

Unióse á estos procesos otro mandado instruir por el Cardenal de Aracaeli en Racanate, y púsolos todos ellos en manos de Su Santidad Paulo V, el Embajador del Rey Católico en Roma, D. Fernando de Castro, el año de 1615, juntamente con cartas apremiantes del Rey Felipe III y de varias ciudades, universidades, Obispos y cabildos del reino, en las que le rogaban propusiese á la veneración pública la santidad del gran siervo de Dios Francisco de Borja, y mandase autenticar sus virtudes y milagros con autoridad apostólica.

Dos años tardaron en Roma en dar curso á todos los lentos, concienzudos y escrupulosos trámites porque pasan allá esta clase de asun-

tos, hasta que el 3 de Abril de 1617 llegó á la corte de España Mons. D. Juan Esterlic, Obispo de Drago, trayendo las *Remisorias y el Rótulo*, para formar con autoridad apostólica los nuevos procesos, necesarios para la canonización del santo Duque.

Causó su llegada general regocijo y hubo aquella noche una famosa iluminación en el palacio del Duque de Lerma, que era el que se llamó después de Medinaceli, esquina del Prado y la Plaza de las Cortes, frente al de Villahermosa, que lo era entonces de Maqueda. Al día siguiente, que fué 4 de Abril, mostró el Duque las letras apostólicas al señor Rey D. Felipe III, y del Alcázar real llevólas él mismo con grande pompa y aparato á las casas del Cardenal-Arzobispo de Toledo, D. Bernardino de Sandoval, que era uno de los tres jueces nombrados en las *Remisorias*.

Organizóse la comitiva en el primer patio del real Alcázar, cuya fachada principal, flanqueada por dos torres cuadradas, estaba en el mismo sitio y dirección que la del que hoy existe. Á las tres en punto bajó la anchísima escalera con pasamanos de piedra azulada y adornos dorados Mons. D. Juan Esterlic, Obispo de Drago, vestidos sus capisayos episcopales, descubierta la venerable cabeza blanca, y trayendo en ambas

manos, sobre una fuente dorada, las *Remisorias y el Rótulo,* cubierto todo con riquísimo paño de tela de plata, bordada con cañutillo de oro, una cruz en el centro y cuatro borlas pendientes una de cada extremo. Venía á su derecha el Duque de Lerma, vestido de gala, y detrás, cinco á un lado y cinco á otro, diez Grandes de España.

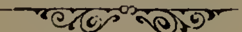
Formáronse entonces los que en el patio aguardaban, y comenzó á desfilar la comitiva por la gran puerta del Alcázar. Abrían la marcha cien caballeros cruzados, por haberlo sido de Santiago el santo Duque, á caballo todos, á la jineta, con grande lujo de oro y plata en los jaeces y monturas, y llevando cada cual al cuello sus respectivas veneras. Seguían treinta títulos de Castilla, á pie y formando dos filas, entre las cuales caminaba el Obispo de Drago llevando las *Remisorias,* y rodeado como de una guardia de honor, de los diez Grandes de España. Cerraba la marcha el Duque de Lerma, á caballo también, muy autorizado, seguido de todos los gentiles hombres de su casa, que pasaban de cuarenta, y entre los cuales hacíase notar por su garbo y bizarría el famoso D. Rodrigo Calderón, que tanto ruido hubo de hacer más tarde.

Poblaron todos los balcones del Alcázar las damas de Palacio, y al principal, que estaba sobre la gran puerta, salió el mismo señor Rey

D. Felipe III, con el Príncipe D. Felipe, los dos Infantes mayores D. Carlos y D. Fernando, y las tres Infantas D.ª Ana, D.ª María y D.ª Margarita.

Salía el lucidísimo cortejo con mucha pompa y majestad, y al mediar la plazoleta que había frente al Alcázar, donde está hoy la Plaza de la Armería, volvíanse todos con grande pausa y señorío hasta hacer cara á las reales personas, y saludábanlas con profundo acatamiento.

Al pasar por la parroquia de San Salvador, en cuya sala capitular celebraban entonces sus reuniones los regidores de la villa, unióse al cortejo el corregidor de Madrid, D. Pedro de Guzmán, con todos los regidores á caballo y una música muy bien ordenada, que para los casos de lucimiento mantenía y pagaba la villa. Incorporáronse también, poco más lejos, cien jesuítas con manteos y bonetes en la cabeza, y otros tantos religiosos de Santo Domingo, unidos todos y entreverados en señal de hermandad y regocijo, y toda aquella solemne procesión llegó con grande majestad y pausa á las casas del Cardenal-Arzobispo de Toledo, D. Bernardino de Sandoval, que estaban en la calle de Atocha, y allí, con grande reverencia entrególe el Obispo de Drago el *Rótulo y las Remisorias*.





III

PROSEGUÍA al mismo tiempo el Duque de Lerma, con redoblado ahínco, su segundo proyecto de fundar en Madrid una Casa-Profesa de la Compañía, y en ella un templo en que colocar las reliquias de su santo abuelo Borja.

Pensóse primero en levantar iglesia y casa en la ya antigua parroquia de San Salvador, que por andar muy escasa de feligreses, podíase refundir fácilmente en alguna de las vecinas: mas por muy fundadas razones hizo grande oposición la clerecía, y decidióse al cabo el Duque á hacer su fundación en unas casas contiguas á la suya propia, que toda la generación presente ha conocido con el nombre relativa-

2

mente moderno de iglesia y convento de San Antonio del Prado.

Apresuráronse las obras, porque el P. General Mucio Vitelleschi, vencido al fin por los ruegos del Duque de Lerma, consentía en enviar á España el cuerpo de San Francisco de Borja, previa la licencia verbal que para ello dió el Papa Paulo V. Á este propósito, salidas ya de Roma para España las letras apostólicas autorizando las segundas informaciones de santidad, mandó el P. Mucio Vitelleschi trasladar el santo cuerpo de su primera sepultura entre los Padres Generales á la nueva iglesia del Jesús. Trajéronle primero á la sacristía de la Casa-Profesa el 23 de Febrero de 1617, y allí, á puerta cerrada y en presencia del Cardenal D. Gaspar de Borja, biznieto del Santo y á la sazón Embajador en Roma del Rey católico, del P. General Mucio Vitelleschi, de los PP. Asistentes y otros Padres graves de la Compañía, abrióse el primitivo ataúd.

Encontráronse los huesos descarnados por completo, envueltos en su primitiva mortaja, y sacados y limpios éstos con gran reverencia, pusiéronlos sobre colchoncillos de seda, en una caja de cedro, forrada por dentro de plomo y encima de damasco encarnado, y dorada por el exterior con primorosas molduras. Pidió en-

tonces con grandes instancias el Cardenal de Borja que le permitiesen tomar para sí una reliquia de los santos huesos, y no pudiendo negarse el P. Vitelleschi, dióle una parte de la quijada que se hallaba desprendida.

Al día siguiente, en presencia de las mismas personas y á puerta cerrada también, para que no se interpretase por solemnidad de anticipado culto, llevaron procesionalmente la urna á la iglesia del Jesús, y con licencia expresa del Pontífice pusiéronla á la veneración de los fieles en la Capilla Mayor, al lado del Evangelio, en lugar alto y honorífico, cerrado con un ligero tabique; y aquel mismo día entregó el Cardenal D. Gaspar de Borja, y encendió por su propia mano, una lámpara de plata de valor de mil ducados, que enviaba el señor Rey D. Felipe III, para que ardiese perenne ante las reliquias del Santo.

Hízose esta traslación provisionalmente, pues ya solo se esperaba la primera ocasión oportuna para enviar á España las santas reliquias. No tardó ésta en presentarse con el viaje del Cardenal D. Antonio Zapata, que desde Roma se trasladaba á Madrid, y fijóse el 22 de Abril de 1617 para la solemne entrega del cuerpo.

Á las dos de la tarde del citado día formáronse en la iglesia del Jesús los Cardenales Borja

y Zapata, con todas las gentes de sus respectivas casas; el P. General Mucio Vitelleschi, con los PP. Asistentes y demás jesuítas residentes en Roma, y como testigos que habían de firmar el acta, los muy nobles Sres. D. Santiago de Rojas y Borja, D. Pedro Ponce de León, don Martín Carrillo, caballero del hábito de Santiago, y D. Juan de Artés.

Derribóse primeramente la tapia que cerraba la sepultura del Santo, y encendiendo todos hachas de cera blanca y cantando el *Te Deum laudamus*, sacaron cuatro sacerdotes el arca y abrióla solemnemente el P. General Mucio Vitelleschi. Adoraron todos con gran reverencia las reliquias, y dió testimonio auténtico el Notario apostólico de que aquellos eran los huesos del antiguo Duque de Gandía, San Francisco de Borja.

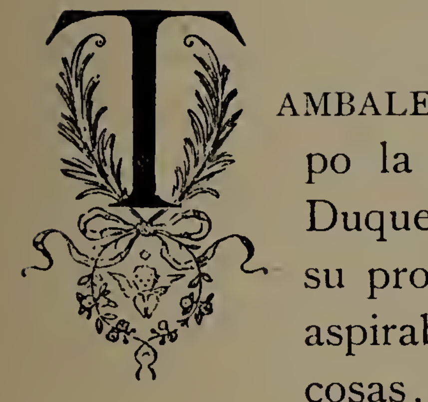
Hecho esto, apartó el P. Mucio Vitelleschi la canilla de un brazo, desde el codo hasta la mano, que había de quedarse en Roma, y colocóse el arca dorada dentro de otra arca de viaje, de ciprés, lisa por de fuera y forrada por dentro de damasco encarnado. Cerróse y sellóse cuidadosamente esta segunda arca ante el Notario apostólico, y el P. General de la Compañía hizo entonces al Cardenal D. Antonio Zapata entrega solemne y jurídica del santo cuerpo.

Extendióse por duplicado el acta de entrega, escrita primorosamente en pergamino, quedando un ejemplar en Roma, donde existe al presente en el archivo del Jesús, y enviándose el otro á España como auténtica del cuerpo. Este segundo ejemplar se conserva en el archivo de Medinaceli, y podrá ver el lector su copia en el apéndice 1.º





IV



TAMBALEÁBANSE ya por este tiempo la privanza y el poder del Duque de Lerma, minados por su propio hijo el de Uceda, que aspiraba á sucederle en ambas cosas, con intrigas y artes de mala ley. Quiso por eso Lerma abroquelarse bien contra los tiros de sus enemigos, que alcanzaban en aquella época harto lejos, y solicitó del Papa Paulo V la púrpura cardenalicia, que le fué concedida en efecto, siendo ya viudo, con el título de Cardenal de San Sixto.

Á los pocos días de revestir el de Lerma tan alta dignidad, llegó á la corte el Cardenal Zapata, conduciendo el sagrado depósito, muy mediado ya el otoño de aquel mismo año

de 1617. Faltaban aún en la iglesia algunos detalles de ornato, y por orden del Rey depositóse el cuerpo, mientras los terminaban, en el real convento de la Encarnación, fundado poco antes por la difunta Reina D.ª Margarita.

Hallábase el Rey muy melancólico y dolorido por la reciente pérdida de su hija la Infanta D.ª Margarita, muerta en el real Alcázar el 11 de Marzo de aquel mismo año, y quiso tener cerca el santo cuerpo, para poder visitarle sin necesidad de presentarse en público. Existía entonces entre el real Alcázar y el convento de la Encarnación un largo pasadizo por donde las personas reales entraban con frecuencia en el convento sin ser vistas ni oídas de nadie.

Depositóse, pues, secretamente el cuerpo en el convento de la Encarnación, con grande gozo de las monjas, y quitáronse allí los sellos y abrióse la urna ante varios personajes de cuenta, para que el Cardenal Zapata hiciera la solemne y jurídica entrega al de Lerma. Al día siguiente vino la real familia al convento, por dicho pasadizo, para venerar las sagradas reliquias, y afectóse mucho el Rey al considerar que ni la virtuosa Reina su consorte, ni los Infantes don Alonso Caro y D.ª Margarita, arrebatados por la muerte en breve plazo, ni la Infanta D.ª Ana, que era ya Reina de Francia, hubieran alcan-

zado la misma dicha. Solo estaban presentes, además del Rey, el Príncipe de Asturias D. Felipe y su mujer D.ª Isabel de Borbón, hermana de Luis XIII, casados dos años antes; los Infantes D. Carlos y D. Fernando, la Infanta D.ª María, el Cardenal-Duque de Lerma, la comunidad de la Encarnación y un reducido número de señores y damas de Palacio.

Visitaron en los siguientes días las santas reliquias los principales Grandes y señores de la corte, y fué caso curioso que vino entre ellos el famoso D. Rodrigo Calderón, ya Marqués de Siete Iglesias, cuya próxima y horrenda caída preparaba en el ánimo del Rey, con su mucha discreción y gran valimiento, la propia Priora de la Encarnación Sor Mariana de San José, su mortal enemiga. Entró por acaso D. Rodrigo en un locutorio en que estaba la Priora con algunos Próceres de la corte, y al avistarse de improviso ambos personajes á través de las rejas, hiciéronse, como era natural, grandes reverencias y comedimientos al estilo de la época, con malicioso regocijo de los presentes, que encontraron en ello ocasión de epigramas y chanzonetas.

Estuvo el santo cuerpo en la Encarnación hasta principios de Diciembre, que fué trasladado en secreto al convento de Santo Domingo el Real, á fin de que pudieran venerarle más

fácilmente los muchos que lo solicitaban. Habíanse mientras tanto terminado las obras de la Casa-Profesa y su iglesia, y fijóse para bendecir ésta y celebrar la primera misa la fiesta de la Expectación de Nuestra Señora, que es el 18 de Diciembre. Mas la señora Infanta D.ª Margarita, hija de la Emperatriz D.ª María, que era monja en las Descalzas Reales, pidió al Rey y al Cardenal-Duque y al P. Luis de la Palma, Provincial de la Compañía, que concediesen á su convento la honra de aquella visita de que habían disfrutado la Encarnación y Santo Domingo el Real.

Determinóse, pues, para servir á la señora Infanta, llevar á las Descalzas Reales el santo cuerpo, también secretamente, el 16 de Diciembre por la noche, para que estuviese allí hasta el 17 á la misma hora. Colocaron la urna en el altar del Relicario, y es fama y consta bajo juramento en los procesos de canonización del Santo, que toda aquella noche la pasó en oración ante las reliquias una monja llamada Sor María Clara, hija de los señores de Bonache, que fué más tarde Priora de dicho convento y declarada *Venerable*, y tuvo allí grandes ilustraciones del cielo, y quedó radicalmente curada de graves achaques que la atormentaban.

Al anochecer del día 17 llegó á las Descal-

zas Reales el Cardenal-Duque en una carroza magnífica que había regalado el Duque de Mantua á la difunta Reina D.ª Margarita, y ésta á su vez á la Duquesa de Lerma. Pusieron la urna del Santo en el testero de la carroza, cubierta con un rico paño de brocado carmesí con pasamanos de oro, y el Duque de Lerma, en traje de Cardenal, sentóse enfrente con mucha humildad y reverencia. Alumbraban con hachas de cera todos los criados de la casa de Lerma, y sin más pompa ni aparato, dirigióse en esta forma el cortejo á la nueva Casa-Profesa. Mientras tanto habían salido del Colegio Imperial el Padre Luis de la Palma, Provincial de Toledo, y el P. Francisco de Porres, Prepósito nombrado para la nueva Casa-Profesa, y acompañados de ciento veinte jesuítas, dirigiéronse procesionalmente á la nueva iglesia para recibir en ella el santo cuerpo. Colocáronle en un nicho alto que le tenían preparado en la pared de la capilla mayor, al lado del Evangelio, defendido y hermoseado por una reja dorada.

Hizo entonces la entrega el Cardenal-Duque al P. Luis de la Palma delante de varios Grandes y señores calificados, declarando públicamente con fe de notario, según dice el acta: *Que en testimonio del amor que su Excelencia tenía á la Compañía de Jesús y á la Casa-Profesa*

que de nuevo fundaba en esta corte, le daba y entregaba la cosa de más precio y valor que había en sus ojos, que era el cuerpo del Beato Padre Francisco de Borja, su señor y abuelo, el cual estaba al presente al lado del altar mayor de la iglesia de la dicha Casa-Profesa, en una arca de plomo que está dentro de otra de ciprés, cubierta de brocado con sus pasamanos de oro; y cada una de ellas se cierra con su llave, y se guardan dentro de otra reja de hierro dorada, que se cierra con otras dos llaves; el cual dicho cuerpo da y dona de toda su agradable y espontánea voluntad, y es el mismo que el Reverendísimo Padre General de la Compañía le envió de Roma por medio del Ilmo. Cardenal D. Antonio Zapata, con todos sus testimonios y escrituras que tiene en su poder, por donde consta ser este el cuerpo del dicho Beato Padre, para que perpetuamente esté colocado en la iglesia de la dicha Casa-Profesa, con la decencia y autoridad y en la parte y lugar que por su Excelencia está dispuesto. Y en señal de la dicha donación da y entrega su Excelencia al dicho Padre Provincial las dichas cuatro llaves, que son las dos de la reja dorada, y las otras dos de las dos arcas en que está colocado el santo cuerpo. Y el dicho Padre Provincial las tomó y pasó á su poder, de que yo el presente escribano DOY FE.—*Después*

de lo cual, porque la intención y determinada voluntad de las dichas partes, es que este tesoro se conserve tan entero como está hoy, y no se dé á persona alguna de cualquier estado y condición que sea, hueso ni parte de él, por muy pequeña que sea, el dicho Padre Provincial volvió á su Excelencia dos de las dichas cuatro llaves, conviene á saber, la que hace á la cerradura más alta de la dicha reja dorada, y la del arca segunda y más interior, que inmediatamente guarda y enseña el santo cuerpo, para que su Excelencia las tenga y guarde, y todos sus sucesores, en el Patronazgo de la dicha casa. Y las otras dos llaves entregó al dicho Padre Prepósito de la dicha Casa-Profesa, para que él y sus sucesores las guarden y tengan en su poder, de manera que si alguna vez por necesidad y causa forzosa que se ofrezca se hubiesen de abrir las dichas arcas, no se pueda hacer si no fuese en presencia de su Excelencia y del Padre Prepósito que ahí es, ó del Señor Patrón y Prepósito que por tiempo sea de la dicha Casa-Profesa, en presencia de los cuales se abrirán y volverán á cerrar como antes estaban, etc., etc. (1).

(1) Firmaron la escritura de fundación de la Casa-Profesa el Cardenal-Duque de Lerma y el P. Luis de la Palma, de la Compañía de Jesús, Provincial de la provincia de Toledo, el 30 de Enero del siguiente año de 1618.—En dicha escritura está incluída el acta de entrega del cuerpo, y su copia legalizada existe en el archivo de Medinaceli.

Cantóse después de esto un solemne *Te Deum* por la Capilla real, y desde aquel momento encendiéronse ante las reliquias cuatro ricas lámparas de plata, regaladas y mantenidas por los Duques de Lerma y de Villahermosa, el Arzobispo de Burgos D. Francisco de Acebedo y el Cardenal D. Gaspar de Quiroga y Velasco.

Al día siguiente, lunes 18 de Diciembre de 1617, fiesta de la Expectación de Nuestra Señora, echáronse á vuelo las campanas de Madrid, en señal de regocijo en toda la Iglesia. Cedió el Rey á los ruegos del Cardenal-Duque, y rompiendo el triste retiro que se había impuesto, presentóse en la nueva iglesia con los Sermos. Príncipes de Asturias, los tres señores Infantes y toda la Grandeza de la corte. Bendijo la iglesia, revestido de pontifical, el Cardenal D. Antonio Zapata, y el mismo Prelado dijo la primera misa y colocó el Santísimo Sacramento, predicando en tan solemne dedicación el famoso Padre de la Compañía Jerónimo de Florencia, gran orador de su tiempo, de quien tan grandes virtudes y prodigios cuentan las historias.

Honraron aquel día la mesa de los jesuítas el Cardenal Zapata y el Duque de Lerma con sus dos hijos el de Uceda y el Conde de Sal-

daña; y ya anochecido, quemáronse grandes artificios de fuego de invención muy primorosa. Presenció la real familia este espectáculo desde las casas del Duque de Lerma, y para regocijo del pueblo soltáronse también dos *novillos encohetados*.





V

La traslación del santo Duque de Gandía á la corte de España fué la última prueba de poder y fortuna que pudo dar el Cardenal-Duque de Lerma. Tres meses después de este fausto suceso caía el poderoso valido desde lo alto de su privanza, herido en lo más vivo de sus afectos de hombre y en lo más profundo de su corazón de padre, por los repetidos y alevosos golpes de su propio hijo el Duque de Uceda y de su ingrato protegido el Conde de Olivares D. Gaspar de Guzmán, tristemente célebre en la historia con el nombre de Conde-Duque. Habíase posesionado Uceda poco á poco y traicionando vilmente á su padre, del ánimo del Rey; y Olivares, colocado por el mis-

mo Lerma de gentilhombre en la cámara del Príncipe de Asturias D. Felipe, hacía los mismos oficios en el ánimo de éste y preparaba con pérfida y previsora astucia no sólo la caída del viejo Lerma, sino también la del joven Uceda, con el fin de suplantar á los dos cuando la ocasión llegase.

Considerábase ya perdido el de Lerma al comenzar el año de 1618, mas disimulando sus temores y sufriendo con obstinada paciencia los regios desaires que sobre él llovían, siguió á la corte en la jornada del Escorial, que fué aquel año harto temprana. Estalló al fin la bien cargada mina, y el 3 de Marzo, después de vísperas, mandó el Rey llamar á su cámara al Prior del Monasterio Fray Francisco de Peralta, y díjole de prisa y turbado y como quien desea terminar pronto un asunto que le agobia:

—Id, Prior, al Duque de Lerma y diréisle que, atendido lo mucho que he estimado siempre su casa y su persona, he venido en otorgarle lo que tantas veces y con tanto encarecimiento me ha pedido para su quietud y descanso, y *que así podrá retirarse á Lerma ó á Valladolid cuando quisiere.*

Desempeñó el Prior lo mejor que pudo su enojosa embajada, y recibióla el Duque con digna entereza. Mandó luego á sus criados preparar el

viaje para Lerma, y subió á despedirse del Rey, al cual dirigió un tierno y prudente discurso que concluyó de esta manera:

—De trece años, Señor, entré en este palacio, y hoy se cumplen cincuenta y tres empleados en este diseño; pocos para mí deseo; muchos para lo que permite el desengaño, á que debemos ofrecer, ya que no toda, siquiera alguna parte de la vida...

Dicho esto, besó humildemente la mano al Rey, y éste, que le amaba muy de veras, abrióle los brazos enternecido y aseguróle que quedaba en la misma estimación en que le tenía antes. Lo cual fué muy cierto; pues de no serlo, hubiera la saña de sus enemigos despeñado al anciano Duque mucho más hondo.

Salió, pues, del Escorial el Ministro caído el 4 de Marzo de 1618, tomando por Guadarrama el camino de Lerma, y terminando en aquella villa su primera jornada. Alcanzóle allí un cariñoso mensaje del Rey enviándole un venado, muerto por su propia mano, y los papeles de la consulta del día para que los despachase.

Vióse entonces con cuánta prudencia había vestido el Duque la púrpura cardenalicia, pues solo á tan alta y sagrada dignidad y al indudable cariño del Rey debió el escapar á los ultra-

jes y rigores de que todos sus amigos y protegidos fueron víctimas.

Ensañáronse sobre todo con D. Rodrigo Calderón, al cual encerraron en la fortaleza de Medina del Campo, procesándole por mil diversas causas, de las cuales eran unas verdaderas, otras falsas, y algunas tan absurdas como la de haber envenenado á la difunta Reina D.ª Margarita. Salvóle por el pronto la vida la piadosa rectitud de Felipe III, que triunfaba á veces de su debilidad extrema y su funesta indolencia.

Sosegado ya el Cardenal-Duque y lejos del tráfago y pasiones enconadas de la corte, comenzaron á revivir en la soledad de su retiro y al calor del desengaño sus virtudes cristianas y sus prendas de caballero, que eran muchas y muy brillantes, siendo la que más realce le daba la de caritativo con los pobres.

Y éralo tanto y con tan señoril largueza despachaba sus limosnas, que en cierta ocasión, como se lamentase con el famoso P. Jerónimo de Florencia, su grande amigo, de que no le permitiesen los muchos achaques de su edad hacer penitencias corporales, díjole el Padre:

—Sea, Señor, la limosna lo que supla por ellas

Á lo cual replicó el Duque vivamente, mostrando una gaveta que allí había:

—Más medios he tenido otras veces, pero diez mil escudos tiene esta gaveta; en mi nombre, Padre, se repartan entre los pobres, que más diera si me hallase de presente con más.

Y sin ninguna espera, entrególos al P. Florencia, para que los distribuyese entre los necesitados.

Pasáronse así tres años con grande paz y quietud, hasta que por Marzo de 1621 llegaron al Duque propios urgentísimos de sus amigos de la corte avisándole que el Rey se hallaba moribundo, que había hecho un codicilo en que le nombraba testamentario, y que convenía viniese al punto á recoger el último suspiro del Rey, y quizá también su antiguo poder y privanza. Despertáronse con esto en el Cardenal-Duque los restos de su dormida ambición, ó aviváronse sus sentimientos de amor al Rey, ó lo que es más probable, reverdeciéronse ambas cosas á un tiempo, y púsose en camino para la corte sin pérdida de momento. Mas á la mitad de la jornada encontróse con el consejero D. Antonio de Cabrera, que con cédula firmada por el Príncipe de Asturias D. Felipe, le intimó la orden de volverse otra vez á Lerma.

Había arrancado esta cédula al Príncipe el Conde de Olivares, con manifiesta infracción de derechos, pues vivo aún el Rey, era grave des-

acato en el Príncipe dar órdenes ó expedir cédulas. Por lo cual escribió más tarde D. Francisco de Quevedo en los *Grandes anales de quince días,* que Felipe III acabó de ser rey antes de empezar á reinar, y Felipe IV empezó á reinar antes de ser rey.

Murió al cabo Felipe III el 31 de Marzo de 1621 á las nueve de la mañana, y cuéntase que al saber su muerte D. Rodrigo Calderón, dijo con verdad profética:

—*¿El Rey es muerto?... Muerto soy yo también.*

Y algo debió temer por sí mismo el Cardenal-Duque, cuando escribió á poco al Santísimo Padre Gregorio XV una curiosa carta, inédita aún, en que manifiesta pensamientos y hace peticiones de que no habla historiador ninguno, y que revelan sin duda un completo desengaño del mundo ó un redoblado anhelo de precaverse más y más contra los tiros de sus enemigos.

Mas para comprender bien esta carta, existente en el archivo del Jesús de Roma, fuerza es aclarar un punto que solo á medias indican algunos autores. Asegura, entre otros, D. Modesto Lafuente en su *Historia General de España,* que antes de pedir el Duque de Lerma la púrpura cardenalicia á Su Santidad Paulo V en 1617, *tuvo impulsos de renunciar á la grandeza y la*

pompa mundana, y acabar su vida en un claustro bajo el sayal de San Francisco. Estos impulsos del Duque de Lerma fueron mucho más adelante de lo que el ilustre historiador indica; pues el Ministro, en la cumbre entonces de su poder, llegó á pedir á Paulo V el breve de dispensación que para realizar aquellos impulsos necesitaba. Concedióselo el Papa, y si no llegó á aprovecharse de él, fué, según asegura el mismo Duque en su carta, *por escrúpulo que le pusieron de que podía servir á Nuestro Señor en el ministerio de los negocios que eran á su cargo.*

La carta de que hablamos, toda ella autógrafa, está fechada en Valladolid á 29 de Julio de 1621, tres meses después de la muerte del Rey, y tres escasos antes de ser ejecutado D. Rodrigo Calderón, y dice de esta manera:

«SANTÍSIMO PADRE: Cuando enviudé supliqué á S. B. Paulo V, que haya gloria, me concediese un breve, cuya copia será con esta, y dejé de aprovecharme de él, por escrúpulo que me pusieron de que podía servir á Nuestro Señor en el ministerio de los negocios que eran á mi cargo; y ahora que me veo desembarazado dellos, y más desengañado con las suertes que la fortuna ha hecho en mí, que moverían á piedad á V. B. (y otro día con su licencia daré á V. B. cuenta de lo que ha pasado después

que escribí á V. B., y le envié un papel impreso al Nuncio de V. B., como es justo); suplico humildemente á V. B. me ampare y favorezca y dispense para que yo pueda ser de la Compañía de Jesús sin dejar la dignidad de Cardenal, que tanto deseo estimar y preciar, que sin ella moriría desconsolado. Solamente deseo más perfecta vida, como es más perfecto el estado de la dignidad cardenalicia; y seguir el ejemplo de mi santo abuelo Francisco de Borja, y porque desde que traje sus huesos á la Casa-Profesa que le fundé en Madrid, mudé de intento en cuanto á la religión; y en cuanto á la dispensación que se me concedió en este breve, que tengo original, no pido más de lo que pareciere á V. B., que con eso quedaré consolado y cierto que es lo que me conviene; pero si no pido mucho estimaré por gran favor y merced, que V. B. lo confirme todo. Yo tengo en España pocos amigos, porque los que tuve perdí en el lugar que tuve por no poder hacer lo que todos pedían, y después he cobrado enemigos por asegurarse de que yo no volviese al mundo, y por todo me conviene dejalle y buscar paz para morir con ella, y sin otros cuidados más que el de mi salvación.—V. B. es mi señor y mi amparo, y de sus manos espero ese consuelo, y suplico á V. B. me lo envíe pronto y me dé

su bendición.—Que á su Santísima Persona guarde Nuestro Señor como la cristiandad ha menester y yo deseo. Amén.—De Valladolid á 29 de Julio de 1621.—Santísimo Padre, de V. B. humildísimo hijo y siervo.—EL CARDENAL-DUQUE DE LERMA».





VI

No olvidaba el Duque de Lerma á su santo abuelo en aquellos tiempos de desgracia, como no le había olvidado tampoco en los de su prosperidad, con harto más mérito por su parte; y desde el fondo de su destierro movía sin cesar las influencias que conservó siempre en la corte de Roma para activar la beatificación del Duque de Gandía.

Expidió, al fin, el decreto Urbano VIII á 6 de Setiembre de 1624, segundo año de su pontificado. Súpose oficialmente en Madrid el 24 de Noviembre del mismo año, y aquel mismo día salió para Valladolid el P. Gonzalo de Albornoz, Prepósito de la Casa-Profesa, para noticiar tan venturosa nueva antes que á nadie al an-

ciano Cardenal-Duque de Lerma, como era justicia y era razón. Hallábase éste en la antigua corte de España desde la muerte de su hijo el de Uceda, que fué para él pena gravísima, pues no por ser hijo ingrato dejaba de ser su hijo.

Murió el Duque de Uceda el 31 de Mayo de 1624, destituído de todo poder y honra, preso en Alcalá de Henares, y aceptando con resignación cristiana su afrentosa desgracia, como castigo de sus yerros de político y sus verdaderas alevosías de hijo.

Recibió el anciano Duque el decreto de beatificación con tal alborozo, que le produjo al pronto una congoja, y al volver en sí, anegado en lágrimas, oprimía la mano del P. Albornoz diciendo:

—*Nunc, Domine, dimittis servum tuum in pace!...*

Y dejándose llevar de su natural generoso y ejecutivo, quiso hacer sin pérdida de tiempo entrega al P. Albornoz del rico presente que tenía preparado para cuando la ocasión llegase. Consistía éste en un frontal de plata, obra de Phrygio, hecho con tal esplendor y trabajo, que no había otro que le igualase en toda España: Un admirable retrato del propio San Francisco de Borja, con marco de ébano adornado de piedras preciosas, y un cuadro de gran mérito artís-

tico, que representaba á Nuestro Señor acostado en el sepulcro.

Y no satisfecho con esto, añadió á estos regalos, con liberalidad verdaderamente regia, la cesión completa de la huerta y palacio llamados de *La Florida*, que había heredado él de su tío el Cardenal-Arzobispo de Toledo D. Bernardino de Sandoval y Rojas, y que andando los tiempos llegó á ser, y lo es todavía, uno de los reales sitios.

Y como sorprendido y casi asustado el P. Albornoz, rechazase la estupenda dádiva, alegando que poco provechosa podía ser para religiosos una finca de recreo, atajóle la palabra el Duque diciendo que eran su voluntad y su deseo que se vendiese la finca y se empleara su importe en comenzar una nueva Casa-Profesa y un nuevo templo de San Francisco de Borja, más amplios y capaces que los que había fundado él en la calle del Prado.

Acudía mientras tanto en Madrid numerosa concurrencia á venerar las reliquias del Santo y dar la enhorabuena á los Padres, y resultaban, en efecto, estrecha la casa y reducido el templo. Á los dos días de recibido el decreto, llegó por la mañana á la Casa-Profesa, con grande ceremonia, la Duquesa de Gandía, camarera mayor de S. M. la Reina D.ª Isabel de Borbón, é hizo

entrega, en nombre de esta piadosa Señora, de una magnífica urna de plata destinada á guardar las reliquias del Santo, que es la misma que hoy las encierra, mutilada ya por las rapaces manos por que ha pasado en tantos años y mudanzas.

Remataba, en efecto, esta rica alhaja en cuatro primorosas estatuas de plata, de San Ignacio, de San Francisco Javier, San Luis y San Estanislao, colocadas en los cuatro extremos, y otra mayor y de más exquisito trabajo, del propio San Francisco de Borja, que se alzaba en el centro. Ninguna de ellas existe al presente en la mutilada urna, y es cosa curiosa que, no hace todavía treinta años, presentóse en el colegio de San Luis del Puerto de Santa María un hombre pretendiendo vender allí una estatua antigua de San Luiz Gonzaga, de plata maciza, que era justamente la que había ocupado uno de los ángulos de la urna regalada por la piadosa Reina, esposa de Felipe IV.

Reuniéronse también en la Casa-Profesa todos los descendientes del Santo, para tratar de las fiestas con que había de celebrarse la beatificación, que querían ellos fuesen muy sonadas y corrieran á su cuenta y cargo. Mas como todas aquellas grandes casas á que pertenecían se hallaban á la sazón harto apuradas y aun empeña-

das algunas por los gastos excesivos que á todas habían costado las fiestas y regalos hechos meses antes al Príncipe de Gales, Carlos Estuardo, en su famosa visita á la corte de España, convínose en demorar las fiestas de la beatificación hasta Setiembre del próximo año de 1625, limitándose por entonces á celebrar tan solo una solemne función de acción de gracias.

Celebróse ésta el 30 de Noviembre, y fué tal la aglomeración de gente que rebosaba en el templo, que viéronse señoras de título y graves consejeros sentados en las gradas del atrio y aun apiñados entre la muchedumbre en los barrizales que formaban entonces la que es hoy plaza de las Cortes, hasta la esquina del actual palacio de Villahermosa.

Vinieron aquella tarde á visitar las reliquias del Santo los señores Reyes D. Felipe y doña Isabel y los Sermos. Infantes sus hermanos D. Carlos, D. Fernando y D.ª María con grande acompañamiento de damas y señores de la corte. Venían las reales personas y las damas en carroza, y los señores á caballo, trotando al estribo del coche regio el famoso Conde-Duque de Olivares, que se hallaba entonces en la cumbre de su privanza.

Entraron todos á venerar las reliquias del Santo y pasaron luego á la huerta de la Casa-

Profesa, donde les tenían aparejada los Padres una delicada merienda de frutas, dulces y bebidas de muchas clases. Contaba entonces el Rey veinte años y la Reina diecinueve, y formaban ambos la pareja más gallarda que pudiera imaginarse. Igual tinte de juventud y gallardía reflejaba toda la corte, que no era ya ciertamente la del austero Felipe II, ni la del piadoso Felipe III, sino la del disipado Felipe IV, que imprimió á las costumbres de su época el híbrido y extraño doble carácter de galantes y devotas.





VII

MURIÓ el Duque de Lerma en Valladolid el 17 de Mayo de este mismo año de 1625, á los setenta y tres años de su edad, uno menos catorce días después de su hijo el Duque de Uceda. Sucedióle en el ducado de Lerma el primogénito de éste y de D.ª Mariana de Padilla, D. Francisco Gómez de Sandoval, que desde la muerte de su padre era ya Marqués de Cea y Conde de Ampudia. Fué este segundo Duque de Lerma muy buen caballero, y distinguióse mucho peleando en las guerras de Flandes, sin dejar por eso de hacer sus excursiones, según la moda de aquel siglo, por los floridos y conceptuosos campos de la poesía de entonces.

Brindósele al nuevo Duque de Lerma, como representante de su abuelo el Cardenal-Duque de Lerma, con la presidencia de la junta que entendía en las fiestas de la beatificación de San Francisco de Borja, y de acuerdo él con los demás descendientes del Santo, que subían entonces á cuarenta y dos entre nietos, biznietos y terceros nietos, comenzaron á organizarlas á principios de Agosto.

Escogiéronse para celebrarlas los ocho primeros días de Setiembre, y repartiéronse los solemnes cultos entre la Casa-Profesa, el Colegio Imperial y el convento de las Descalzas Reales, pues así lo habían pedido con devoto ahinco la Serma. Infanta D.ª Margarita de Austria, monja profesa en aquel convento, y la Priora del mismo Sor Juana de la Cruz, que era sobrina nieta del Duque de Gandía.

Celebróse, pues, el día 1.º de Setiembre solemne misa en la Casa-Profesa, y por la tarde á las cuatro llevóse procesionalmente el cuerpo al Colegio Imperial, con toda la pompa y aparato que para semejantes solemnidades se desplegaba en aquel tiempo. Estrenóse este día la urna de plata regalo de la Reina, habiéndose hecho antes otra nueva arca interior, que se adaptaba á ella perfectamente, y á la cual se trasladaron con gran reverencia las sagradas reliquias.

Era esta segunda arca de hechura de cofre, más estrecha por abajo que por arriba, y forrada toda por dentro y por fuera de doble raso encarnado: tenía dos cerraduras, clavazón y cuatro asas de bronce dorado, y medía toda ella una vara de largo por media de alto y menos de ancho. Colocóse en su fondo un colchoncillo de raso, y sobre él se depositaron los huesos más pequeños: cubriéronse éstos con otro colchoncillo de raso de igual tamaño, y sobre éste se pusieron los huesos mayores y la calavera, ligados entre sí por unas gasas que los sujetaban sin ocultarlos á la vista. Cubriéronlo todo con otros tres colchoncillos de raso como de una tercia de largo, dos blancos y el de en medio encarnado, con listas de plata. Tenía este arca dos llaves y otras dos la de plata, y estas fueron las que en sustitución de las cuatro primitivas de la reja dorada y las dos arcas antiguas guardaron en adelante, dos cada uno, los Duques de Lerma y los Prepósitos de la Casa-Profesa.

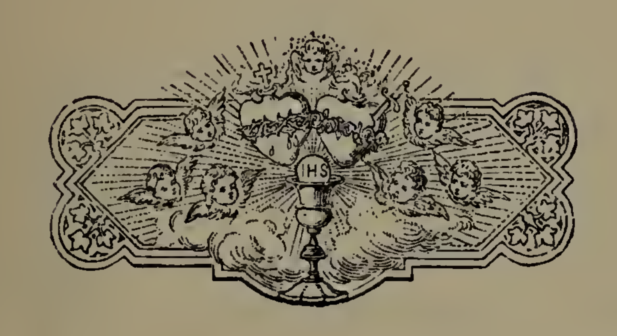
En esta primera procesión solemne iba la urna sobre un carro triunfal, rodeado de toda la nobleza y Grandeza de la corte, y muy en lugar preferente entre esta última los cuarenta y dos nietos, biznietos y terceros nietos del Santo. Pendían de la urna diez cordones de seda, que

llevaban los Duques de Lerma, Villahermosa, Hijar, Osuna, Infantado, Sesa y Peñaranda; el gran Almirante de Castilla, el Marqués de Castel-Rodrigo y el Príncipe de Esquilache. Caminaba detrás del carro triunfal la música de la Real capilla, y seguían trescientos caballeros de Santiago con sus mantos capitulares, cosa nunca vista hasta entonces, cerrando la marcha el Real Consejo de Órdenes, también con mantos, presidido por el Marqués de Caracena.

Cuatro días estuvo el santo cuerpo en la iglesia del Colegio Imperial, celebrándose todos ellos solemnes cultos, y el último por la tarde llevósele con la misma pompa y solemnidad con que había venido al convento de las Descalzas Reales, donde permaneció dos días recibiendo los mismos homenajes.

Regalóle la señora Infanta D.ª Margarita una cruz grande y dos blandones de plata, y la Priora Sor Juana de la Cruz cuatro ángeles, dos mayores y dos menores, de muy buena talla y primoroso trabajo. El último día, que era 8 de Setiembre, fué restituído con la misma concurrencia de las otras dos procesiones á su iglesia de la calle del Prado, y allí terminaron las fiestas religiosas. Durante los ocho días habían estado las calles de la villa adornadas como para las grandes fiestas, con gran lujo de altares y

aparadores que encerraban verdaderas riquezas. Celebráronse también en el Colegio Imperial un certamen y dos comedias, á las cuales asistieron los Reyes y los señores Infantes con todos los Grandes de la corte. Quemáronse todas las noches primorosos fuegos de artificio, y repartiéronse á los pobres largas limosnas.





VIII

MUDÓSE al cabo la Casa-Profesa á la Plazuela de Herradores, y allí se levantó también la nueva iglesia bajo la advocación de San Francisco de Borja. Tenía el Santo en aquel nuevo templo capilla propia, y á ella se trasladaron sus reliquias desde la calle del Prado, el 9 de Marzo de 1627, día de San Gregorio.

Crecía en todos estos años de modo maravilloso la devoción á San Francisco de Borja, y muy especialmente entre la Grandeza, que miraba en el Santo Duque de Gandía una gloria

y un protector, y le consideraba y veneraba como su singular patrono. Celebrábase su fiesta todos los años por Setiembre con un solemne triduo, que costeaban el primer día los Reyes, el segundo la villa y el tercero los parientes del Santo. En el de 1639 añadiéronse cinco días más, que costearon aquel año los Duques del Infantado, Feria, Lerma, Medina de Río Seco y Alburquerque.

Sucedíanse mientras tanto generaciones á generaciones, y en todas aquellas grandes casas pasaba la devoción al Santo de padres á hijos como un piadoso mayorazgo y una obligación de honra y de justicia. Murió Felipe IV el 17 de Setiembre de 1665, y antes del año fué una tarde á la Casa-Profesa la Reina viuda D.ª Mariana de Austria, Regente del Reino, para poner bajo la protección del Santo Duque de Gandía á su hijo el Rey niño Carlos II. Iba la Reina con su severo traje de viuda, que no abandonó nunca, y llevaba al Rey su aya la Marquesa de los Vélez. Arrodilláronse juntos la viuda y el huérfano ante las sagradas reliquias, y fué aquello un tierno espectáculo que arrancó lágrimas á todos aquellos Grandes ya enconados y divididos entre sí, hasta en la misma corte, por los dos bandos de nithardistas y austriacos que á la sazón apuntaban; pero unidos y conformes

siempre en el respeto á los Reyes y la lealtad al trono; que nunca se rompió este sagrado vínculo entre los nobles de aquel tiempo, y en aquellos tres últimos reinados de triste decadencia fué grande parte para evitar mayores calamidades y desastres.





IX

El día 3 de Mayo de 1671, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, rompieron de repente á repicar todas las campanas de Madrid á eso de las tres de la tarde, con tal estrépito y alborozo, que se puso en conmoción todo el vecindario. Comenzó el repique en la Casa-Profesa de la Compañía, siguióla el Colegio Imperial, y en pocos momentos no quedó en la corte campana chica ni grande de iglesia, convento ó parroquia, que no lanzase al viento sus regocijados tonos anunciando á los madrileños la alegre nueva de que el Santísimo Padre Clemente X había expedido en Roma la bula de canonización de San Francisco de Borja.

Acudía á bandadas la gente de todas clases á la Casa-Profesa, y al día siguiente dijo en ella la Misa solemne de acción de gracias y cantó el *Te Deum* el Provincial de Toledo, que lo era el P. Ginés de la Puente. Organizáronse entonces unas fiestas solemnísimas, que dejaron memoria en Madrid, y de las cuales procuraremos dar idea al lector como curiosísima pintura de la época y como prueba del arraigo que en todas las clases sociales tenía entonces la devoción á San Francisco de Borja...

Reducíase á cuatro puntos el programa de las fiestas: Certamen literario en honor del Santo, que había de celebrarse en el Colegio Imperial, y anunciarse y promulgarse por la noble juventud de los Estudios Reales.—Lucidísima procesión para trasladar las reliquias del Santo de la Casa-Profesa al Colegio Imperial, donde se celebraría una octava de solemnes cultos.—Comedias, saraos, danzas y torneos por los nobles alumnos del Colegio Imperial durante todas las tardes de esta solemne octava.—Procesión en el mismo orden y forma que la primera, para volver las reliquias del Colegio Imperial á la Casa-Profesa.

Comenzaron las fiestas por la solemne promulgación del certamen literario del Colegio Imperial que habían de hacer los alumnos de

estos Reales Estudios, pertenecientes todos á la más alta nobleza del reino. Hízose esta promulgación el domingo 19 de Julio á las dos de la tarde, saliendo del Colegio Imperial la más lucida y nueva cabalgata que pisó jamás las calles de la corte.

Abrían la marcha varios juegos de chirimías, con dos de timbales y otros dos de clarines, todos con ricas libreas y vistosos jaeces. Los timbales eran del Príncipe de Parma y los clarines eran flamencos, enviados á S. M. por el Conde de Monterrey, gobernador de Flandes.

Seguía luego el guión, que era un estandarte de rico tafetán blanco, con largos flecos; tenía la imagen de San Francisco de Borja por un lado y por otro las armas del colegio; dos águilas imperiales con un Jesús en el pecho. Llevábalo D. Diego Vélez de Guevara, menino de la Reina madre, caballero de la orden de San Juan é hijo del Marqués de Quintana de las Torres. Contaba el D. Diego catorce años de edad y no pasaban de la misma los otros dos caballeros estudiantes que caminaban á su derecha é izquierda: llevaban éstos las borlas del estandarte y guiaban los tres sus caballos con paso tan unísono é igual que parecían, y lo eran en efecto, consumados jinetes.

Seguían cincuenta parejas de caballeros estu-

diantes, todos á caballo, que no pasaba ninguno de los quince años ni llegaban muchos á los once. Iban de dos en dos con tal lujo en las monturas y jaeces y tal riqueza en los vestìdos, encajes, plumas, cadenas, joyeles y preseas, que no había uno solo que no llevase la ropilla abotonada con piedras preciosas, costosa moda de entonces, llevándola no pocos con purísimos diamantes. Había muchos que eran ya caballeros de las órdenes, y llevaban todos la cruz á los pechos y al cuello las veneras. Marchaba detrás de cada pareja acompañamiento muy autorizado de lacayos respectivos con ricas libreas de los colores de la casa y sendos mosquetes para hacer de cuándo en cuándo estrepitosas salvas.

Cerraban la marcha, caminando en hilera, el Marquesito de Mortara, hijo del Marqués de Mortara, héroe de Fuenterrabía; el Condesito de Ribadavia y D. Alonso de Rivadeneira, hijo del Marqués de la Vega. Llevaba el primero plantado en el arzón con mucho garbo y bizarría, un rico estandarte de brocado en que venían sobrepuestos los carteles del certamen que habían de figurar en varios puntos, y llevaban los otros dos las borlas del estandarte. Seguíanlos ocho lacayuelos de su misma edad, muy lindos y bien aderezados, y venía á lo úl-

timo otro acompañamiento de lacayos trayendo un caballo de respeto con rico caparazón de terciopelo granate bordado de oro.

Rompió, pues, de repente á las dos de la tarde el repique de campanas, el estrépito de los instrumentos marciales y el estruendo de las salvas de mosquetería, y comenzó á subir por la calle de Toledo aquella brillante y juvenil cabalgata, envuelta entre el humo de la pólvora, como en transparente nube, que le prestaba cierto tinte varonil y guerrero y como de cosa sobrenatural que embelesaba la vista y levantaba los corazones.

Era su intento salir á la Plaza Mayor y pasar por la Platería y la Villa á la Plaza de Palacio; pero tan compacta era la muchedumbre en la plaza y tantos los coches y carrozas que se habían plantado en las avenidas, que fuéles imposible atravesar sin riesgo de atropellos y desórdenes, y tiraron por una calleja angosta que iba á salir á la Casa-Profesa, y de allí siguieron por la calle de Santiago á desembocar en la Plaza de la Armería frente á la fachada del Alcázar.

Estaban en el balcón principal el Rey niño Carlos II, que contaba entonces diez años, y la Reina madre D.ª Mariana con buen séquito de damas y Grandes, y poblaban los otros balco-

nes las damas de Palacio y cuantas personas pudieron llegar á ellos por razón de dignidad, empeño ó cargo. Desfiló la cabalgata ante los Reyes, haciendo los muchachos al pasar su acatamiento con el garbo y desenvoltura de consumados jinetes, y dividiéndose luego en dos alas con hábiles y ligeras evoluciones de maestros, vinieron á plantarse ante el balcón de Palacio, dejando una calle en medio: por ella pasó el Marquesito de Mortara con el estandarte enarbolado en el arzón, y al llegar ante los Reyes abatióle por tres veces en tierra con tanto respeto como gracia.

Fijóse entonces en una columna de la puerta de Palacio uno de los carteles del certamen, y siguió la comitiva por la calle del Tesoro á la Encarnación y por Santo Domingo el Real á la Plaza de Santo Domingo. Tomó desde allí por las Descalzas Reales á San Ginés y por la calle del Arenal á la Puerta del Sol, donde se fijó otro de los carteles del certamen. Subieron luego por las calles de Carretas, Atocha y Santa Cruz para entrar de nuevo en la Plaza Mayor: estaba ésta de bote en bote, pues la festividad del día prestaba gran contingente de ociosos, y hacia la esquina de los pañeros levantábase sobre la apiñada muchedumbre un gran cadalso cubierto de tapices y coronado por un rico do-

sel de casa del Marqués de Mortara, que llegaba á los balcones. Formóse la cabalgata con mucho orden en torno del tablado, y á él subieron el Marquesito de Mortara llevando el estandarte, y el estudiante retórico D. Antonio de Mena, caballero del hábito de Calatrava. Colocó el primero el estandarte bajo el dosel, y tomando el segundo uno de los carteles pidió silencio á la multitud con infantil gracia, y comenzó á leerlo.

Proponíanse para el certamen doce temas distintos, con tres premios cada uno; y como curiosidad bibliográfica y muestra del detestable mal gusto de la época, copiaremos dos de ellos, el primero y el último.

«ASUNTO PRIMERO

»No discurrieron los estoicos otro espectáculo más digno de la majestad de Júpiter, que ver á un varón constante luchando con la fortuna; y así le contemplaron más gustoso, mirando invencible á Hércules en sus trabajos, que gozando de los convites y festejos de los demás dioses; porque juzgaron más digno del sagrado de la razón á los que con su valor se fabrican su felicidad, que á los que corona de dichas su ventura. Es tan singular el espíritu, que venciendo monstruos consigue el coronarse de sí mismo,

5

como frecuentes las ruinas de los que caen vencidos en la pelea. El uso de estos riesgos ciega la advertencia y quita el reparo. Pero es cierto que nacen los nobles expuestos al rigor de unas fieras, tanto más crueles cuanto más disimuladas. Recíbelos la Riqueza en sus brazos, aconséjalos la Soberbia, inspíralos la Ambición, halágalos el Regalo, distráelos el Divertimiento y derríbalos el Amor. Son éstos tan poderosos enemigos, que hay pocos que no sean triunfos de sus engaños; y así se despeñan muchos de la altura en que nacieron, por haberse rendido á sus cautelas. Venció San Francisco de Borja la fuerza de estas pasiones con tanto aliento y tan superior prudencia, que ni los encantos de la corte le atrajeron á zozobrar en sus escollos, ni los impulsos violentos le pudieron derribar de la cumbre de su estimación, ni conseguir otro efecto de sus combates que multiplicar despojos á sus victorias. Pondérese, pues, en cuatro estancias de canción real el exceso que hace San Francisco de Borja á los profanos héroes en los triunfos que consiguió de la brutalidad del apetito, á quien ellos se rindieron.

»Al que más dignamente llenare el asunto se le dará de premio un crucifijo de marfil en una cruz hermosa de bronce calado, que vale mil reales. Al segundo una banda de tela pasada

de oro, de cuatro varas, con puntas de oro. Al tercero todas las obras de Quevedo con rica encuadernación».

«PREMIO Á LA PEOR POESÍA

»El Onocrótalo es un ave que imita al cisne en la pluma, pero en el canto es semejante al bruto, que por su tardanza y simpleza es símbolo de los necios. No se alcanzan los extremos sin saberse los primores del acierto, y no es indigno de alabanza el que sabe errar de estudio: y así el que en cualquiera de los asuntos del certamen consiguiere por gracia lo que el Onocrótalo por naturaleza, se le darán de premio en un bolso de cuero amarillo, un real en ochavos gordos, dos de moneda de molino, cuatro de calderilla, seis de tarjas y doce reales de á ocho, para que en la primera buena obra que hiciere, pueda con esta diversidad de monedas consagrar la primera piedra».





X

La víspera de Santiago, 24 de Julio, era ya tal la afluencia de forasteros llegados á la corte para las fiestas de San Francisco de Borja, que vióse precisado el corregidor D. Francisco de Herrera Enriquez á dictar medidas para impedir desmanes en las posadas, y mandó también valladar las calles por donde había de pasar la procesión al siguiente día, para que no embarazasen los infinitos curiosos los grandes trabajos de arreglo y de ornato que en ellas se hacían.

Rellenábanse los tremendos baches, nivelábanse con puentes las empinadas cuestas, salvábanse con tablas los pasos difíciles, y enare-

nado todo primorosamente y cubierto con flores y juncias, quedaba el piso tan llano y tan mullido como pudiera estarlo la alfombra de un estrado. Desaparecía también el mezquino caserío tras las colgaduras y tapices que donde no los había propios proporcionaban la villa y los Grandes; y fresco el ambiente por los toldos y perfumado por las flores y aguas de olor que derramaban, asemejábase toda la carrera á una fresca y deliciosa galería, que nada hubiera tenido de devota, si no le prestasen tinte religioso los varios altares que, como verdaderas montañas de riquezas, se levantaban á lo largo de toda ella de trecho en trecho. Componían de ordinario estos altares las órdenes religiosas, los gremios y los particulares á veces, y en estas fiestas de San Francisco de Borja habíanse levantado dieciséis desde la Casa-Profèsa al Colegio Imperial: trece de las religiones, dos de los gremios de plateros y mercaderes de seda y uno de la villa.

Era tan extraordinaria la fábrica de estos altares, tan curiosas sus invenciones y artificios y encerraban sobre todo tal abundancia de riquezas en soberbias tapicerías, telas riquísimas, encajes de precio, imágenes, alhajas de oro y plata y joyas de perlas finas y piedras preciosas, que con razón pudo decir el Embajador de

Inglaterra, atónito ante ellas, que muy grande debía ser aquel Duque de Gandía cuando se derramaban por las calles en honor suyo tesoros suficientes para comprar un reino.

Uno sobre todo de estos altares se llevó la palma entre ellos, pues logró entusiasmar á los inteligentes, impresionar á los devotos y arrancar aplausos y risotadas al vulgo callejero de aquella extraña época, espléndida á pesar de su miseria, devota en medio de su corrupción y extravagante en todo lo que fuese sentimiento de lo bello y oportunidad en las cosas. Fué este altar famoso el levantado por los frailes mercenarios en la calle de Toledo, frente á la callejuela que bajaba entonces derecha á Puerta-Cerrada.

Medía aquel enorme armatoste desde el suelo hasta la cúspide treinta y dos varas de altura, y descansaba todo él sobre un pórtico de cuatro columnas, con otros tantos arcos de cinco varas de alto, dividido en su interior en tres estancias diversas, de que hablaremos más adelante.

Estaba sobre este pórtico la mesa del altar, con cinco frentes, revestidos todos ellos de frontales de plata labrada á martillo, y cubríala un verdadero derroche de candeleros, ángeles, estatuas, jarrones y brasericos con flores unos y con pebetes otros, todo ello también de plata

maciza. Corría sobre la mesa una grada de vara de alto y de ella arrancaban tres pirámides, de sesenta pies de altura la de en medio, y cincuenta las de los lados.

Hallábase cubierta la grada por sus cinco frentes de juegos completos de candelabros, jarrones, cruces y pebeteros de coral y bronce dorado á fuego, y asentábanse sobre las pirámides, entre flores y candelabros de plata, las imágenes de Nuestra Señora de las Mercedes en medio, San Francisco de Borja á la derecha y San Pedro Nolasco á la izquierda, cubiertas las preciosas vestiduras bordadas de oro, de riquísimas joyas, en que de tal manera abundaban los rubíes, esmeraldas y diamantes, que deslumbraban materialmente la vista á los reflejos del sol.

Hallábase el pórtico de abajo dividido, como ya dijimos, en tres estancias muy capaces: remedaba la de en medio una sala fúnebre, colgada toda ella de negros brocados bordados de oro y expuesto en ella el tristísimo paso de la entrega del cadáver de la Emperatriz D.ª Isabel hecha en Granada por San Francisco de Borja. Las figuras eran de cera, de tamaño natural y primoroso trabajo, y los trajes y alhajas todos de verdad y tan ricos como propios. En el fondo había un altar con dosel de tercio-

pelo negro y juego completo de cruz y candeleros, nó muy grandes, de oro fino con corales; enfrente un túmulo de brocado negro en que yacía el cadáver de la Emperatriz; á la derecha un Obispo vestido de pontifical con todo su acompañamiento de Ministros eclesiásticos, y á la izquierda el Duque de Gandía en actitud de horror, acompañado también de su séquito de caballeros.

Á derecha é izquierda de este fúnebre y oportuno cuadro había otros dos de muy distinta índole, cuya presencia allí no justificaba ninguna razón piadosa, ni moral, ni filosófica, ni aun siquiera estética. Era el de la derecha una fuente natural de agua corriente, rodeada de animales, granujas y fregonas, todos muy al vivo, de cera también y tamaño natural, y en medio un aguador con dos cántaros al hombro, *tan natural y bien representado,* dice el cronista de estas fiestas, *que con ser la primera vez que le habían cargado los cántaros, decían muchos que le habían visto acarrear agua á sus casas desde la Puerta-Cerrada.*

Á la izquierda, y para significar sin duda los inconvenientes del vino, veíase representada una pendencia de pícaros en una venta, derribados ya unos en el suelo, descalabrados otros, chorreando sangre todos, *y con tan raras figu-*

ras y ademanes, dice el cronista citado, *que dió mucho que reir uno y otro sainete, siendo el aguador con su talle, su gesto y algunos movimientos que le daban con artificio, el espectáculo más popular de este día tan grande.*





XI



CTAVA MARAVILLA DEL MUNDO, llama el cronista de estas fiestas á la decoración famosa que dispuso el Colegio Imperial en su iglesia, para recibir las reliquias del Duque de Gandía; y sin asentir nosotros á tan enfático y retumbante título, creemos, sin embargo, que debió ser aquello algo extraordinario dentro del mal gusto de la época, alguna cosa nunca vista hasta entonces, ni vista tampoco después en los siglos posteriores.

Había por aquel tiempo en Lisboa unos artífices famosos, diestrísimos en moldear y colorear objetos de cera, y á ellos acudieron los del Colegio Imperial, para confiarles el decorado

de su templo, el mejor y más capaz de Madrid, como puede verse todavía, pues era éste el que llaman hoy de San Isidro, y sirve de Catedral á la corte de España.

Llegaron á Madrid los artistas portugueses el 1.º de Junio, y trabajando sin cesar en la iglesia á puerta cerrada, terminaron el 22 de Julio la portentosa obra, tan encarecida de los contemporáneos.

Habían tapizado la iglesia de arriba abajo, sin dejar un solo palmo de piedra al descubierto, con holandillas, brocados y terciopelos de cuatro colores distintos, encarnado, azul celeste, carmesí y azul oscuro, que se combinaban en las cornisas, frisos, columnas y pedestales. Las bóvedas y las cúpulas cubriéronlas igualmente con tafetanes y velillos, que colgaban formando á modo de colosales rosas vueltas boca abajo.

Esta tapicería colosal, no era sin embargo, sino el fondo sobre el cual bordaron los portugueses, con piezas de cera primorosamente fundidas y coloreadas, el más extraño y vistoso realce que pudiera imaginar la fantasía.

Fundíanse las piezas de cera por separado y en no gran tamaño, y prendidas luego con alfileres en la cortina, y combinadas entre sí con muy natural arte, resultaban guirnaldas primorosas de flores, frutas, orlas de plumas, emble-

mas místicos, símbolos pastoriles y paganos, trofeos guerreros, grupos de ángeles, deidades mitológicas, monogramas alusivos y escudos heráldicos, todo barajado y distribuído con grande arte y novedad, según la suntuosa cargazón churrigueresca del tiempo; pero formando á pesar de todo un conjunto sorprendente, vistoso en extremo, y digno de que viniesen á contemplarlo de todas partes de España y aun de fuera del reino, como sucedió en efecto, durante todo el tiempo que estuvo expuesto, que fué desde el 25 de Julio hasta el 30 de Setiembre.

Empleáronse en la colgadura diez mil varas de holandillas, y más de cuatro mil de damascos, terciopelos y tafetanes, solo de cornisa abajo; y entraron en las bóvedas y cúpulas, otras once mil de tafetanes, velillos y catalusas.

Pasaron de seis millones los alfileres empleados en prender en la cortina las piezas de cera: subieron éstas á más de un millón, y gastáronse en ellas cuatrocientas cincuenta arrobas de cera blanca, siendo el gasto total de toda la colosal obra, cuarenta mil ducados.

Anunciaron al fin las salvas de ordenanza el amanecer de aquel día de Santiago, Patrón de España, y desde aquella hora comenzaron á discurrir por las calles todas de la villa, y muy en especial por las de la carrera, los labradores y

gente allegadiza de los pueblos, primero; los vecinos madrugadores después, y más tarde el vecindario entero y la gente granada, absortos todos ante los altares y adornos, con tan lento andar y tan prolongadas pausas, que hacíase imposible el tránsito, y fuéle preciso al Corregidor mandar despejar la carrera á eso de las doce, y poner de nuevo las vallas, para que los aguadores pudiesen regar la arena, y extender sobre ella la verdadera alfombra de juncias, flores y yerbas olorosas.

Celebrábase mientras tanto en la Casa-Profesa el primero de los días de la octava, cantando la misa el P. Provincial de Toledo, Ginés de la Puente, y predicando el Padre Maestro Juan Rodríguez Coronel, predicador de la corte.

Hicieron aquel día el gasto sus Reales Majestades, y del Real Palacio vinieron también los soberbios reposteros de terciopelo granate bordados de oro, y la famosa colgadura de Túnez, toda de seda y oro, con que se adornaba el interior del templo.

Había en el altar un trono resplandeciente de oro y plata para el Santísimo Sacramento, y más abajo otro más pequeño para las reliquias del Santo, que estaban fuera de la urna de plata, en su primoroso cofrecito forrado de raso carmesí, con toda la clavazón dorada.

Cubríale un terliz muy rico, labrado de flores de seda y plata, y había encima un busto de plata del Santo, de tamaño natural, con muchas joyas de pedrería y una venera al cuello, formada por una enorme esmeralda de extraordinario precio.

Á las cuatro de la tarde, seis Padres de los más venerables de la Casa-Profesa sacaron en hombros el cofre de las reliquias á la Plazuela de Herradores.

Estaba ésta tan vistosa y engalanada, que según la expresión del cronista, parecía la *antecámara de la gloria*. Cubrían la fachada de la Casa-Profesa una rica tapicería de los Marqueses de Caracena, y unos reposteros de terciopelo verde bordados de oro, del Príncipe de Parma, con tres doseles cobijando los retratos de San Francisco de Borja, del Rey Carlos II y de la Reina D.ª Mariana.

Engalanaban la fachada frontera los tres famosos tapices de Palacio, llamados del Archiduque Alberto, de los Niños y de los Parrales, y en el espacio que queda entre las dos calles de las Hileras y de las Fuentes, había levantado su altar la Casa-Profesa.

Adornóle la Condesa de Oñate con las alhajas y los célebres reposteros de su opulenta casa, y ocupaba el puesto de honor la imagen

del Duque de Gandía, con sotana de terciopelo negro bordada de perlas, y echado sobre los hombros el blanco manto capitular de la Orden de Santiago, con la venera sobre el pecho.

Esperaba delante de la puerta del templo la urna de plata, abierta para recibir las reliquias, sobre el carro triunfal que había de llevarlas.

Era esta colosal máquina, regalo del Duque de Ciudad Real, Príncipe de Esquilache, y medía veinte pies de longitud, por diez de latitud y veintiocho de altura. Formaba toda ella una suntuosa mescolanza churrigueresca de follajes, cornisas, festones, escudos, ángeles y flores, todo ello estofado de talla y escultura dorada, sobre la cual sobresalían cuatro bueyes de oro, tomados del blasón de los Borjas, que sostenían la urna destinada á las reliquias.

Habíase ido mientras tanto formando la procesión á lo largo de la calle de Santiago, y cuando llegó el aviso de que los Reyes entraban ya en la Plaza Mayor para presenciar su paso desde los balcones de la Panadería, comenzó á ponerse en movimiento con majestuosa pausa, todo aquel brillante y solemne cortejo.





XII

FORMABAN la procesión más de cuatro mil personas, todas con hachas de cera blanca encendidas en las manos; cuarenta y ocho estandartes y diez pendones de lujo extraordinario y riquísimo, bordados muchos de ellos para aquel día; ocho imágenes de santos en sus respectivas andas, vestidos ellos y adornadas éstas por las principales señoras de la corte, con un lujo de brocados, encajes y pedrerías, que apenas puede hoy concebirse. Detrás de éstos venía el carro triunfal de las reliquias, y marchaba la inmensa procesión distribuída en este orden:

Abrían la marcha, haciendo calle entre la apiñada muchedumbre, las danzas y gigantones de

la villa, con dobles juegos de chirimías, timbales, clarines, cajas y pífanos.

Seguían los estandartes y pendones del Santísimo Sacramento y varias congregaciones con los suyos respectivos, siendo la más notable la de los caballeros estudiantes de los Reales Estudios del Colegio Imperial, que subían de trescientos.

Llevaban éstos en andas doradas un Niño Jesús de notable escultura, vestido de tela de plata anteada, bordada de plata, con encajes de Venecia, y en la cabeza una verdadera corona imperial de riquísimos diamantes que había sido de la difunta Emperatriz D.ª María, hija de Carlos V, fundadora de aquel Colegio y aquellos Estudios.

Seguían luego ocho santos de la Compañía, llevados á hombros de sacerdotes Jesuítas, tan rica y extrañamente vestidos, que sólo la verdadera magnificencia de sus adornos y la buena voluntad de los que se los habían puesto podían compensar en ellos la extravagancia y el mal gusto de que siempre, y entonces más que nunca, adolecieron las imágenes vestidas.

Venía primero el ilustre mártir Juan de Goto, vestido por la Duquesa de Alba, trayendo en la cabeza la misma diadema riquísima de perlas y piedras que lucía aquella noble señora en las

grandes galas de la corte. Rodeaban sus andas seis alumnos de los Estudios Reales, vestidos tres con ricas galas cortesanas y los tres más pequeñitos graciosamente de estudiantes.

Seguíanse con el mismo aparato y acompañamiento, San Diego Quisai, vestido por la Duquesa de Béjar, todo de raso de Florencia con encajes riquísimos de media vara de ancho; San Pablo Miqui, por la Condesa de Oñate, también de raso de Florencia con encajes de oro de Venecia, y el B. Estanislao de Kostka, por la Duquesa de Alburquerque, con sotana de tela de Milán de plata y negra, y roquete de encajes sutilísimos de Flandes, que tenían fama de ser los mejores y más ricos de la corte.

Detrás del B. Estanislao venía la comunidad de la Compañía de Jesús, compuesta de más de doscientos Padres, todos con sobrepellices, trayendo entre sus filas las imágenes de San Luis Gonzaga, San Francisco Javier y San Ignacio de Loyola.

Había vestido al primero su sobrina carnal la Marquesa de Gonzaga, hija del Marqués Leopoldo, hermano del Santo, y traía en la cabeza una diadema con dos haces de brillantes y un collar de joyas al cuello de inestimable precio.

La Condesa de Siruela había vestido á San Francisco Javier con preciosos encajes de Flan-

des, y la Marquesa de Alcañices á San Ignacio, de raso labrado, con joyas cuyo valor pasaba de sesenta mil ducados.

Venía en pos de la comunidad de Jesuítas toda la nobleza de Madrid y la Grandeza de España, formando cuerpo, y llevaba el pendón del Santo Duque de Gandía el más cercano de sus deudos, que lo era entonces el Duque de Ciudad Real, Príncipe de Esquilache.

Marchaba después la clerecía de San Ginés con la cruz de la parroquia y el venerable Cabildo de curas y beneficiados de Madrid presidido por el Obispo de Jaca D. Antonio Fernández del Campo.

Venían detrás los diez Grandes de España más próximos parientes del Santo, figurando arrastrar con diez cordones de seda y oro el carro triunfal en que iban las reliquias de su glorioso abuelo. Seguía al carro la música de la Capilla real y cerraban la marcha trescientos caballeros de Santiago con sus mantos capitulares, presididos por el Consejo de Órdenes, y éste á su vez por el Condestable de Castilla.

Subió la procesión por las calles de Santiago y angosta de San Salvador, para dar la vuelta por la Plazuela de la Villa y salir por la Platería y puerta de Guadalajara á la Plaza Mayor.

Estaban los Reyes bajo dosel en el balcón

dorado de la Casa-Panadería, con grande acompañamiento de señores y damas de la corte, que ocupaban los otros huecos de la histórica casa. Desfiló la procesión por delante del balcón regio, haciendo todos al pasar profundo acatamiento á SS. MM. y respetuosa reverencia á las damas de Palacio.

Volvían las imágenes de cara á los Reyes para que éstos las contemplasen y venerasen, y ellos contestaban con inclinación profunda. Mas cuando llegó el turno al carro triunfal que conducía las sagradas reliquias, postráronse los Reyes de rodillas, y así permanecieron largo rato en oración, hasta que la Marquesa de Valdueza, camarera mayor de la Reina madre, hizo señal con un pañizuelo, y entonces prosiguió lentamente la procesión hasta desaparecer en la calle de Toledo.

Al anochecer entró el santo cuerpo en el Colegio Imperial, pues según el retumbante cronista de estas fiestas, *desapareció el sol de la tierra, no bien entró bajo techado aquel otro sol que brillaba en el cielo.*





XIII

PRORROGÁRONSE las fiestas religiosas en el Colegio Imperial, cuatro días más sobre los ocho señalados, porque los Consejos todos quisieron celebrar cada uno su día propio, y era necesario reservar también el suyo á la villa, uno á los parientes del Santo, y otro, que fué el último, al octogenario Arcediano de Valencia, D. Francisco de Borja, por ser biznieto del Duque de Gandía, gran devoto de su santo bisabuelo, y espléndido bienhechor del Colegio Imperial.

Suspendiéronse, sin embargo, las fiestas reli-

giosas al noveno día, que fué lunes 3 de Agosto, y calló la devoción y adormecióse el fervor durante veinticuatro horas, por una razón extraña, pero muy española, que consigna el cronista con candoroso laconismo: *Este día, lunes,* dice, *vacó la fiesta, porque se corrieron toros en la plaza.*

Al día siguiente por la tarde, vinieron los Reyes á visitar al Santo, ordenando antes que estuviese despejada la iglesia, para poder admirar cómodamente la maravillosa cortina.

Adornóse el pórtico con tafetanes y una estatua ecuestre del Rey niño Carlos II, sobre la puerta principal de la iglesia: pusiéronse otras dos estatuas de medio cuerpo sobre las dos puertas colaterales, una de la Reina Regente D.ª Mariana, y otra de la Emperatriz D.ª María, fundadora del Colegio.

Llegaron los Reyes á las cuatro, con mucho acompañamiento de damas: oraron largo rato ante las reliquias del Santo; examinaron muy despacio la famosa colgadura, y entraron por último en la capilla del Buen Consejo, donde cantó la Capilla real las letanías y la salve.

Fué la Reina D.ª Mariana de Austria muy devota de esta santa imagen de la Virgen, y solía venir con frecuencia á su capilla, con escaso acompañamiento, y permanecer ante ella

largos ratos, *pidiendo consejo*. según su piadosa frase.

Terminaron las fiestas con el certamen literario en el Colegio Imperial, que fué también cosa grande y solemne. Celebróse en la capilla mayor de la iglesia, cubriendo con una cortina todo el altar y el presbiterio, por respeto al Santísimo Sacramento.

Levantóse delante un tablado de vara y media de alto y treinta pies de fondo, muy bien alfombrado y dispuesto, con tres sitiales para los jueces y otro igual para el secretario, más cerca del auditorio.

Eran los jueces el Ven. Arcediano de Valencia D. Francisco de Borja, biznieto último del Duque de Gandía, el Marqués de Montealegre y D. Rui Gómez de Silva; y era el secretario D. José de Ledesma, abogado de los Consejos Reales, y según el cronista, *no ménos oráculo en los secretos de Apolo, que celebrado orador en los estrados de Astrea*.

Habían levantado también un estrado suntuoso para las señoras de la Grandeza y las damas de Palacio, y enfrente otros dos, uno para la música, que era lo más escogido de la Capilla real, y otro para varios juegos de chirimías y de pífanos.

Colocáronse en el resto del crucero bancos

con respaldo para el auditorio, que fué lo más selecto en sangre y en ingenio que encerraba entonces la corte.

Á las dos de la tarde hallábase todo el crucero de bote en bote, sin que cupiese en bancos, sillas y tribunas, una sola persona más de las ya colocadas.

En la verja que cerraba el crucero agolpábanse todos los rezagados, que no pudieron encontrar puesto más cómodo y honroso, y con ser la iglesia tan capaz, llegaba la muchedumbre hasta la misma puerta de la calle.

Á la derecha del jurado estaban la silla y mesa del secretario, y á la izquierda un ostentoso y rico aparador, en que se hallaban de manifiesto los premios del certamen: delante, y sentados en cómodos escabeles, estaban dos caballeros estudiantes de los Estudios Reales, destinados á llevar los premios en rica bandeja de plata á los autores premiados que se hallasen presentes.

Eran estos noveles caballeros, que tal homenaje se aprestaban á rendir á los poetas laureados, el Duquesito de Alburquerque y el Conde de Ribadavia.

Á las tres anunciaron las chirimías con alegre farándula la entrada de los jueces. Ocuparon éstos su puesto tomando la presidencia el

Ven. Arcediano de Valencia D. Francisco de Borja, y el secretario D. José de Ledesma, de pie en el suyo, abrió el certamen declamando una enfática y conceptuosa oda, en que invocaba á las Musas y convidaba á los vates á recibir de mano de éstas los laureles de la gloria.

Hizo luego la Capilla real la misma invitación á los poetas, cantando un himno cuya extraña letra comenzaba:

Venid á la lid, animosos ingenios,
Á la lid,
Á la justa
Á la justa lid;
Venid, venid
Á coronar de aplausos los aciertos;
Venid, venid
Donde la razón reparte los premios,
Siendo fortuna los merecimientos.

Pronunció después un breve discurso el secretario, y comenzó luego á leer por su orden los temas del certamen y las composiciones premiadas, promulgando en alta voz los nombres de los autores, al terminar cada una de ellas.

Leyó, pues, Ledesma el primer asunto, que en las anteriores páginas queda ya consignado, y con robusto acento y declamación serena leyó luego la canción agraciada con el primer premio (1).

(1) Véase el apéndice 2.º

Había sentado en el crucero, en el extremo de un banco, un clérigo muy viejecito, con los cabellos blancos que le caían sobre los hombros, y la roja cruz de Santiago en los manteos y en el pecho.

Pareció sorprenderse al oir el título de la canción premiada, y poco á poco comenzaron á correrle por las enjutas mejillas dos hilos de lágrimas.

Terminó Ledesma la lectura, y con esforzado y solemne acento publicó de pie y frente al auditorio el nombre del poeta laureado, que era *D. Pedro Calderón de la Barca, caballero del hábito de Santiago.*

Ni fuerzas tuvo para moverse de su asiento el clérigo viejecito, que no era otro sino el célebre poeta, y allí le encontraron los dos caballeros estudiantes cuando fueron á llevarle en rica bandeja de plata el premio alcanzado, que era un crucifijo de marfil sobre una cruz calada.

Tomólo Calderón, y con gran reverencia lo llevó á sus labios, y como poseídos de respeto los dos ilustres estudiantes, se inclinaron maquinalmente para besarle la mano; mas alzóla el viejo y les bendijo, con la triple autoridad del sacerdote, del genio y del anciano.

Conmovió á todo el concurso este tierno episodio, y no le causó impresión menos agrada-

ble el ver concedido el primer premio del quinto tema al honrado y famoso D. Antonio de Solís, secretario del Rey y cronista de las Indias, cuyas bellas endechas, casi desconocidas hoy, podrá encontrar el lector en el apéndice 3.º





XIV

VOLVIERON el santo cuerpo á su capilla de la Casa-Profesa el 8 de Agosto, con la misma pompa y acompañamiento con que había venido, y ya no se le tocó en nueve años seguidos, hasta que restaurada y ensanchada la iglesia en 1680, le colocaron en el altar mayor, en un lujoso camarín que con limosnas de los devotos logró construirle el Padre Luis Suárez, Prepósito de la Casa-Profesa.

Ochenta y siete años permanecieron tranquilas las reliquias del santo Duque de Gandía en aquel glorioso puesto, honradas con veneración profunda por todo el pueblo de Madrid y con filial devoción por los Grandes de España, que tenían á honra y gala contarle entre sus abuelos y lle-

vaban cuenta con escrupulosa exactitud de los grados más ó menos directos de su parentesco.

Mirábale la Grandeza como su especial Patrono y celebraba toda ella junta, repartiéndose entre sí los gastos, la tradicional novena del Santo, que comenzaba entonces el 1.º de Octubre y terminaba el 10, día señalado ya por la Iglesia para celebrar la fiesta.

Concurrían también los Reyes á esta novena, á lo menos el primer día, que siempre costeaban ellos, y por allí desfilaron Felipe V y María Luisa de Saboya, Luis I é Isabel de Orleans, Fernando VI y Bárbara de Braganza.

Carlos III no asistió más que una vez, recién llegado de Nápoles: pero su madre, Isabel de Farnesio, y su esposa la angelical y discreta María Amalia de Sajonia, concurrieron siempre ese día y acostumbraban también, sobre todo la primera, á visitar al Santo muchas veces en el año.

Habíase fundido mientras tanto la casa de Lerma en la de Medinaceli por el matrimonio de D.ª Catalina de Aragón y Sandoval, Duquesa de Lerma por su madre, con el octavo Duque de Medinaceli D. Juan Francisco Tomás de la Cerda, y esta última casa gozaba desde entonces del patronato de la Casa-Profesa y guardaba en su poder dos de las cuatro llaves que cerraban las urnas del Santo.

Así las cosas, desatáronse de repente los vientos tempestuosos que habían de traer de un lado á otro las sagradas reliquias por más de un siglo, trocando sus marchas triunfales y pomposos cultos en fugas precipitadas y mudanzas clandestinas, y olvido y abandono y quizá ruina si los Duques de Medinaceli no las hubieran tomado bajo su protección en su calidad de patronos, descendientes y devotos del ilustre Santo.

El día 1.º de Abril de 1767, reinando Carlos III, estalló la tormenta.

Vióse á deshora subir por la calle del Arenal y entrar por la de las Hileras, ya pasada la media noche, un extraño convoy que parecía marchar cautelosamente con sospechoso sigilo.

Formábanlo seis coches de camino y dos carros, todos al parecer vacíos, custodiados por buen golpe de soldados y alguaciles.

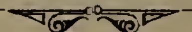
Detuviéronse á lo largo de lo que es hoy calle de San Felipe Neri y era entonces fachada de la Casa-Profesa de la Compañía, y apeóse entonces del primer coche un alcalde de Casa y Corte, vestido de toga, que vino á llamar con mucho imperio á la puerta de los Jesuítas.

Abrióle al cabo de larga espera el Hermano portero Bernardo Balza, y llenóse de espanto al ver que los soldados se apoderaban de la

puerta, y los alguaciles le rodeaban, y el alcalde le intimaba en nombre del Rey la orden de llamar sin dilación al P. Diego de Rivera, Prepósito de la Casa.

Acudió éste presuroso y sorprendido, é intimóle también el alcalde, de orden del Rey, que reuniese á toda la comunidad en el refectorio; y cuando así lo estuvieron los catorce Padres y diez Hermanos que la componían, leyóles solemnemente la famosa pragmática del señor Rey D. Carlos III, por la cual expulsaba de sus dominios á todos los Jesuítas residentes en ellos, *por razones que se reservaba en su real pecho.* Diéronles dos horas para recoger la ropa blanca y los breviarios, única cosa que les permitieron llevar consigo, y montando de seguida en los coches preparados, sin perderles de vista los centinelas, salieron para siempre de Madrid dos horas antes del amanecer por la puerta de Toledo, camino de Getafe.

Y cuando á la mañana fueron llegando los devotos madrugadores encontráronse ya con la casa guardada y vacía, cerrado y solitario el templo, y apagadas por primera vez, después de ciento cincuenta años, las lámparas encendidas ante el altar del Duque de Gandía por sus más ilustres y devotos hijos.





XV

Dos años, desde el 67 al 69, permaneció vacía la Casa-Profesa y cerrada al culto la iglesia de San Francisco de Borja.

Hallábase el templo en esa incuria y abandono que tan triste aspecto prestan á los edificios por largo tiempo cerrados: mas á pesar de que el polvo cubría las imágenes y las telarañas los altares, y esa basura especial que se forma en los parajes abandonados tapizaba el suelo y rellenaba los rincones, resplandecía siempre limpio y brillante el reducido camarín en que quedaron abandonadas las reliquias del santo Duque.

Una magnífica cortina de brocado cubría la urna para preservarla, y una mano devota y

cariñosa, y sobre todo independiente y atrevida, dadas las corrientes que imperaban, cuidaba sin duda de mantener allí el orden, la limpieza y hasta lo que pudiera llamarse *devota coquetería*. poniendo jarrones con flores y encendiendo dos lámparas chatas y pequeñas que quedaban por dentro del camarín, detrás de la urna, sin que pudieran descubrirse por la parte de fuera, mirando desde el interior del templo.

Parecía aquello un prodigio divino, y no era, sin embargo, sino la valiente devoción de un sér extraño y misterioso, que más se asemejaba á primera vista á risueño diablejo, osado y atrevido, y, si posible fuera, devoto, que á espíritu celeste encargado de custodiar el sagrado recinto y las veneradas reliquias.

Dos veces por semana, y á veces con más frecuencia, subía por la calle Mayor, á hora siempre muy temprana, una silla de mano que llevaban lacayos sin librea. Deteníase ésta ante el palacio de Oñate y apeábase entonces con disimulo una señora joven, pequeñita, vivaracha y fea, modestamente vestida, que dejando allí la litera y volviendo á desandar lo andado, recorría á pie, muy de prisa y recatándose con el manto, el escaso trayecto que media entre el palacio de Oñate y la Plazuela de Herradores.

Llamaba allí discretamente á la Casa-Profesa,

abríala el único guardián de aquel abandonado recinto, Agustín Collazo de nombre, y atravesando la señora pasillos y corredores que parecían serle muy conocidos, entraba en la iglesia, subía al camarín, y con escobas, plumeros y demás utensilios que allí tenía escondidos, barría el suelo, limpiaba el polvo, sacudía la cortina que preservaba la urna, remudaba las flores, preparaba y encendía las lámparas y volvíase después por donde había venido, dejando siempre generosa propina al guardián del abandonado templo.

Por dos años seguidos cumplió la diminuta *dama-duende* su devoto empeño con singular constancia, hasta que un suceso acaecido en 1769 rompió su incógnito y dejó al descubierto la buena obra, haciéndola cesar al mismo tiempo en sus piadosas funciones.

Y fué el caso, que por voluntad del señor Rey D. Carlos III y acuerdo de su Consejo, adjudicóse á los Padres del Oratorio la antigua Casa-Profesa de los Jesuítas y su iglesia de San Francisco de Borja, previa la condición de mudar este santo nombre en el no menos santo y glorioso del fundador de los Padres del Oratorio, San Felipe Neri.

Acuerdo fué éste que seguramente no indispuso entre sí á los dos ilustres santos allá en las

alturas del cielo; pero si en aquellas celestes regiones cabe el reir de las ridiculeces humanas, no debieron hacerlo poco del pobre Rey que tales cosas mandaba, así el titular entrante como el titular saliente de la antigua iglesia y Casa-Profesa.

Tomaron posesión los Felipenses de la iglesia y Casa-Profesa de San Francisco de Borja el 13 de Enero de 1769, formando la comunidad por el pronto ocho Padres y cuatro legos, de los cuales era Prepósito el P. Juan Andrés Comenge; y como con hartos motivos no quisiese éste abrir de nuevo la iglesia al culto sin que también le diesen posesión, con previo reconocimiento, de las reliquias de San Francisco de Borja, dictó el Consejo otro nuevo açuerdo en 17 de Enero de 1769 disponiendo se hiciera en breve plazo el reconocimiento y entrega de las reliquias con todos los requisitos legales.

Fijóse, pues, para el solemne acto el día 19 de Enero, y á las once de su mañana llegaron á la Casa-Profesa el fiscal del Supremo Consejo de Castilla D. Pedro Rodríguez Campomanes y el Consejero de S. M. D. Agustín de Leyza Eraso, comisionados para autorizar la entrega, y el Vicario de Madrid D. Manuel Fernández de Torres, que había de hacerla.

Acudió también el Duque de Medinaceli como patrono, y los Marqueses de Guevara y Valdecarzana como testigos de éste, y varios señores Consejeros, algunos curiosos devotos y seis damas principales, entre las cuales reconoció con gran pasmo suyo, Agustín Collazo, el antiguo guardián del templo, que allí también se hallaba presente, á la diminuta Dama-duende de la escoba y el plumero, que tan buenos oficios hizo con el Santo en aquellos dos años de abandono y de desgracia.

Entraron todos por la sacristía en el templo, donde esperaba ya la nueva comunidad con su Prepósito Juan Andrés Comenge al frente, todos con sobrepellices y hachas encendidas. Subieron al camarín los dos comisionados, Campomanes y Leyza, el Vicario Fernández de la Torre, el Duque de Medinaceli y sus testigos, los PP. Comenge y Manrique de Lara, un escribano y un notario.

Apartaron la colgadura de damasco puesta por la misteriosa Dama-duende, que aún cubría el arca, y el Consejero Leyza Eraso alargó entonces al Vicario de Madrid cuatro llaves, dos doradas y dos plateadas: eran éstas las que habían guardado hasta 1767 el Prepósito de la Casa-Profesa y el Duque de Medinaceli, dos cada uno, y les fueron recogidas por orden del

Rey al incautarse éste en aquella fecha de la casa y del templo.

Abrió el Vicario el arca de plata con sus dos llaves, dorada una y plateada otra, y apareció dentro otra segunda arca, dice el acta, *como de una vara de larga, media de alto y menos de ancho, en figura de cofre tumbón, más estrecha de abajo que de arriba, al parecer de madera, toda cubierta de raso liso de color encarnado, con una cruz de galón de oro, dos cerraduras, chapas y clavazón doradas, goznes de lo propio y cuatro aldabones ó manecillas para el manejo de ella.*

Trajeron procesionalmente el arca los PP. Comenge, Manrique de Lara y otros dos del Oratorio, hasta una mesa cubierta de encarnado, preparada con este objeto en el centro de la iglesia; y allí la abrió el Vicario de Madrid con las otras dos llaves más pequeñas, que eran también dorada la una y plateada la otra.

Estaba el arca forrada por dentro del mismo raso encarnado que por de fuera, *cubiertos los sagrados huesos*, dice el acta, *con tres almohadones ó colchoncillos de poco más de tercia de largo y menos de ancho, los dos de raso liso blanco, y el uno de tela de seda encarnada con listas de plata, y levantados éstos, sobre otro colchoncito del largo del arca, la cabeza del*

Santo, tres cañas ó huesos de las piernas ó muslos, las dos espaldillas ó paletas, y otros dos huesos de tamaño bastante crecido, parte de ellos ligados con unas gasas que no impidieron á la vista el registro; y levantado por un lado el citado colchoncito largo, se descubrió que debajo de él y encima de otro se reservaban muchos huesos de tamaño más reducido, por lo cual juzgaron los señores que presentes estaban, contener el arca la mayor parte de los huesos del Santo.

Extendióse entonces acta de todo lo sucedido, cuya copia legalizada se conserva en el archivo de Medinaceli; y cuando llegó el momento de que los testigos declarasen sus nombres para consignarlos en ella, escuchó atónito Agustín Collazo, que también figuraba como testigo, que la diminuta Dama-duende, la señora pequeñita, vivaracha y fea, tan maestra en el manejo de la escoba y el plumero, era nada menos que la Excma. Sra. D.ª María Josefa Alfonsa Pimentel, Condesa-Duquesa de Benavente, Duquesa de Gandía y de otra infinidad de títulos (1).

No quiso, sin embargo, la noble dama figurar allí con otro nombre que con el de Duquesa de Gandía, por ser éste el título del Santo, y así consta en el acta levantada que tenemos á la

(1) Dos años después de estos sucesos casó esta ilustre señora con el noveno Duque de Osuna, D. Pedro Alcántara Téllez-Girón y Pacheco.

vista, al lado de las Marquesas de Sarriá, Villena, Villalópez y Vera y de la Duquesa viuda de Arcos, que lo era entonces la literata y académica D.ª Mariana de Silva, viuda también del Conde de Fuentes y del Duque de Huéscar, y madre de la tan famosa como calumniada Duquesa de Alba, que tanta celebridad alcanzó, años después, en la corte de Carlos IV.





XVI

FUÉ tan grande la ojeriza que cobró Carlos III á los Jesuítas, que sin llegar ni atreverse á proscribir el culto de sus Santos, manifestaba, sin embargo, siempre que éste salía á relucir, el arma poderosa de su *real desagrado,* especie de rayo de excomunión muy suficiente para intimidar á los cortesanos.

No todos tenían el temple de la Benavente, y señor hubo en la corte, Grande de España muy conocido, que se apresuró á entregar al Conde de Aranda en 1767, hecha pedazos, como se entrega al confesor un diploma masónico, la carta de Hermandad que él mismo había solicitado y alcanzado pocos meses antes del General de la Compañía.

Tuvo, por otra parte, el Duque de Medinaceli serias cuestiones con los Felipenses, porque escudados éstos con el patronato arbitrario que se había abrogado Carlos III, no quisieron reconocer el legítimo del Duque sobre la antigua Casa-Profesa y el cuerpo del Santo.

Todo lo cual, barajado y confundido con puntillos de amor propio y vanidades humanas, fué causa de que por muchos años se suprimiese la suntuosa novena de la Grandeza, quedando reducido el culto del Santo á la devoción del pueblo, que no le faltó nunca, y á funciones aisladas que celebraban las dos familias de Osuna y Medinaceli y la insigne Duquesa de Villahermosa D.ª María Manuela Pignatelli, que no era tampoco mujer que se intimidase ante reales desagrados ni ante alharacas de déspota.

Murió al cabo Carlos III el 14 de Diciembre de 1788, y poco á poco fueron volviendo las cosas á su primitivo estado, hasta que en 1796 se celebró por primera vez la novena con asistencia de los Reyes Carlos IV y María Luisa, del Príncipe de Asturias D. Fernando, del Consejo de Órdenes, del Duque de Medinaceli como patrono, los de Osuna como Duques de Gandía y la totalidad casi de la Grandeza, como parientes unos y devotos otros.

Manejáronlo todo en la corte la Benavente y la Duquesa de Villahermosa, y hubo después serios disgustos entre aquélla y Medinaceli y el Consejo de Órdenes, por la preeminencia del día que había de celebrar cada uno por su cuenta, después de los tres primeros escogidos por los Reyes y el Príncipe de Asturias.

Exigía este primer lugar el Consejo, por la alta dignidad del cuerpo y haber pertenecido el Santo á la orden de Santiago: disputábaselo Medinaceli como patrono, y pedíalo la Benavente como Duquesa de Gandía y nieta primogénita del glorioso Santo.

Cedió Medinaceli al Consejo de Ordenes, pero no á la Benavente, hasta que encontrando ésta un expediente propio de su carácter imperioso y su femenil travesura de mujer de talento, saltó por encima de Medinaceli y del Consejo de Órdenes, y hasta de los mismos Reyes, y se colocó la primera, tomando por su cuenta las solemnes vísperas del primer día, que hizo celebrar con pompa nunca vista, y anunciar en el discutido cartel que tenemos sobre la mesa, de esta manera:

El día 1.º de Octubre de este año de 1796 se celebrará con toda solemnidad la preciosa muerte del Santo y su glorioso tránsito, dando principio con vísperas la tarde antes, á expensas de su

NIETA PRIMOGÉNITA *la Excma. Sra. Condesa-Duquesa de Benavente, Duquesa de Osuna, como Duquesa de Gandía.*

Anunciaba luego el batallado cartel de la novena el primer día á expensas del Rey, el segundo de la Reina, el tercero del Príncipe de Asturias, el cuarto del Consejo de Órdenes, el quinto del Duque de Medinaceli y los restantes del Duque de Osuna y sus hijos, dejando el último para la santa y pacífica Duquesa de Villahermosa, que quiso celebrarlo con igual esplendor y devoción menos puntillosa.

Pasaron algunos años de paz y sosiego, hasta que sobrevino la invasión francesa con sus horrores sangrientos y sus inicuos atropellos, y entonces fué cuando la Condesa-Duquesa de Benavente, la diminuta Dama-duende, ya vieja, pero siempre enérgica, altiva y gran señora por todos conceptos, salvó verdaderamente de la profanación y quizá de la destrucción completa, las reliquias de su santo abuelo.

Humeaba aún en Madrid la sangre del 2 de Mayo, y corrían á diario por campos y ciudades los torrentes de ella que costó aquel gigantesco esfuerzo del pueblo de España, que se llamó *Guerra de la Independencia.*

Los Grandes todos habían corrido á sus Estados para pelear allí contra los invasores, y

mientras tanto embargaban los bienes á sus mujeres, y diezmaba el hambre la corte. Los pobres morían por las calles rechazando la limosna que les ofrecían los franceses, y damas tan opulentas como la Duquesa de Villahermosa y la Duquesa de Arión, veíanse obligadas, la primera á pedir prestado el dinero para la comida diaria, y la segunda á venir en un burro desde Malpica á Madrid, por no tener coche, ni caballos, ni mulas, ni otro vehículo de ninguna especie.

En tan horribles circunstancias, dió el Rey intruso José Bonaparte un decreto de 18 de Agosto de 1809, extinguiendo todas las órdenes religiosas, y dió también otro el indigno Ministro de Hacienda Cabarrús mandando embargar la plata labrada de los particulares, la de Palacio y la de las iglesias y conventos.

Intimaron á los Felipenses ambos decretos al mismo tiempo, mandándoles entregar la plata y salir de su casa é iglesia, todo en tan breve plazo y con tal urgencia, que angustiado el Padre Prepósito José Navarro, no sabía dónde volver los ojos, pues el Duque de Medinaceli se hallaba en Sierra-Morena peleando contra los franceses al frente del batallón que á su costa había levantado, y la Duquesa su mujer se hallaba fugitiva en Ceuta.

Acudió, pues, en tan amargo trance á la Condesa-Duquesa de Benavente, que desde su palacio de las Vistillas veía pasar las horrendas catástrofes con ánimo contristado pero siempre sereno y firme, mientras sus dos hijos el Duque de Osuna y el Príncipe de Anglona peleaban cada cual en su puesto.

El Prepósito expuso á la Benavente el conflicto. Érale forzoso por un decreto, entregar al Gobierno intruso la urna de plata que encerraba los restos de San Francisco de Borja; y veíase obligado por el otro á dejar la iglesia y casa de la Plazuela de Herradores en manos de la impía soldadesca francesa (pues á cuartel destinaban el edificio) y abandonarles también las reliquias del Santo, por no haber medio, ni orden, ni autorización para trasladarlas á otra parte.

Era la Benavente mujer de carácter entero y activo, que no detenían fácilmente temores, ni escrúpulos, ni remilgos, y su fértil imaginación inspiróle al punto medios de resolver el conflicto.

Hizo preparar ciertos ingredientes y pinturas, que debieron en aquella época usarse mucho, y con el mayor sigilo mandó embadurnar la urna con aquella mezcla, hasta hacerle perder toda apariencia de plata y tomar la del bronce, con tal perfección y relieve, que en el acta le-

vantada años después á petición de los mismos Felipenses por el notario D. José María Patón, testifica éste haber visto y reconocido un *arca bronceada,* que contenía los huesos de San Francisco de Borja, etc., etc.

Quitáronle también para mayor disimulo las cinco estatuas de plata maciza en que remataba el arca, las cuales, perdidas entonces entre manos francesas ó españolas, no han vuelto á parecer nunca.

Una vez despistada de este modo la codicia francesa, tomó la Benavente á su cargo el resto del asunto, y de tal manera intrigó y supo manejárselas con ayuda de su amiga la Villahermosa y del mismo Cabarrús, que arrancó al fin del Gobierno intruso una orden para trasladar las reliquias del Santo, *en su urna de bronce,* á la antigua iglesia del Noviciado de la Compañía, que estaba en la calle Ancha de San Bernardo, en lo que es hoy Universidad, y había sido dada por Carlos III en 1717 á los PP. Misioneros del Salvador, y respetada providencialmente por el Gobierno intruso.

Hicieron esta traslación y entrega, de noche y con las mayores precauciones, la propia Condesa-Duquesa de Benavente y el Prepósito de los Felipenses José Navarro, y se ignoran sus detalles, porque la premura del tiempo y lo pe-

ligroso de las circunstancias impidieron levantar acta.

Consta, sin embargo, en la extendida años después por el notario D. José María Patón, que al hacer la entrega del cuerpo en la iglesia del Salvador, se abrieron ambas urnas con las dos llaves que tenía en su poder el P. José Navarro, como Prepósito de San Felipe Neri, y otras dos que para suplir las guardadas por el Duque de Medinaceli *parece que se habían hecho nuevas por orden del Gobierno intruso,* según dice el acta.

Estas llaves, sin embargo, no fueron dos, sino cuatro; y las mandó hacer á nombre del Gobierno intruso la propia Condesa-Duquesa de Benavente, entregando dos para que supliesen á las de Medinaceli, y guardándose ella las otras dos, para prevenir sin duda lo que pudiera sobrevenir más adelante.

Consta también en la citada acta, que se reconocieron los huesos en presencia de la Condesa-Duquesa de Benavente, del Prepósito del Oratorio, del Superior de los Misioneros del Salvador y de algunos otros testigos, y que se colocaron después las sagradas reliquias en una capilla que había en el altar mayor, al lado de la Epístola.





XVII

EXPULSADOS los franceses de España y restituído Fernando VII en su trono, apresuróse éste á restablecer las órdenes religiosas que el Gobierno intruso había extinguido, y á devolverles las casas y conventos que éste les había quitado.

Volvieron, pues, los Felipenses á la antigua Casa-Profesa é iglesia de San Francisco de Borja, que en la Plaza de Herradores ocupaban, y hechas las muchas reparaciones que el vandalismo de los franceses hizo necesarias, solicitaron de la autoridad eclesiástica en unión del Duque de Medinaceli la vuelta á dicha iglesia de los sagrados huesos de San Francisco de Borja.

Recelaba Medinaceli del genio dominante de la Benavente, y sin desconocer el servicio inmenso que había prestado al Santo en las pasadas circunstancias, quería, sin embargo, hacer constar que su ingerencia allí era puramente oficiosa y devota, y quería también rescatar las cuatro llaves hechas clandestinamente á nombre del Gobierno intruso, de las cuales había recogido ya dos, por medio del Prepósito de San Felipe, y le quedaban por recoger las otras dos, guardadas por la Benavente.

Así fué que no bien fijó el Vicario de Madrid, D. Francisco Ramírez y Arcayos, las siete de la noche del 20 de Octubre de 1814 para la entrega y reconocimiento de las reliquias, apresuróse Medinaceli á convidar á la Benavente al solemne acto, pareciéndole ocasión oportunísima de hacer constar en el acta, como en efecto consta, que sólo por devoción, por curiosidad y por razón de parentesco, estaba allí y se la invitaba.

Y tal empeño puso en ello, que no sólo en el texto de dicha escritura, que tenemos á la vista, sino hasta en su cubierta y por debajo del título se lee: *En que consta que sólo á título de convidada por devoción, por curiosidad y razón de parentesco estuvo la Duquesa de Osuna. Condesa-Duquesa de Benavente.*

Acudieron, pues, á la iglesia de los Misioneros del Salvador en el día y hora señalados, el Vicario de Madrid y el fiscal eclesiástico don Manuel José de Gallego, como jueces: vinieron por parte de los Felipenses el Prepósito D. José Navarro y otros cuatro Padres: por parte del Duque de Medinaceli y en representación suya, presentóse su apoderado general D. Francisco Hernández de Ariza, y por parte de los Padres Misioneros del Salvador, que habían de hacer la entrega, el Superior de ellos D. Antonio Arechidarra y Ugarte y todos los que en la casa estaban.

Y como convidados por devoción, dice el acta, *por curiosidad y por razón de parentesco.* estaban allí la Condesa-Duquesa de Benavente, el Conde de Miranda, el Marqués de Villafranca, el de las Hormazas, el de Santa Cruz, el Duque de Villahermosa, el Presidente del Consejo de Órdenes Duque de Granada con sus dos hijos el Vizconde de Zolina, teniente general de los reales ejércitos, y D. José de Idiaquez.

Estaban también el teniente general D. Manuel de la Peña, el Consejero D. Antonio Gamir, el secretario de S. M. D. Juan Ayestarán, el Obispo auxiliar de Toledo y los de Lugo y Barbastro.

Abrióse el *arca de bronce* en el sitio en que

se hallaba, y el Prepósito de San Felipe, con otros tres de los PP. Misioneros, sacaron la urna interior y la pusieron encima de una mesa preparada al efecto en el centro de la iglesia.

Inmediatamente, dice el acta, *y hallándose reunidos alrededor de ella todos los Excmos. Señores y demás personas ya expresadas, alargó el referido P. Prepósito de San Felipe al señor Vicario las dos llaves que conservaba en su poder como Prelado de aquella iglesia, y pertenecen á las dos referidas arcas: y otras dos le entregó dicho D. Juan Hernández de Ariza, en concepto de apoderado del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli y Santisteban, quien las conserva por el derecho que á ello tiene S. E. como patrono de la referida iglesia y casa.*

En seguida, por el referido Sr. Vicario y el Ilmo. Sr. Obispo auxiliar se abrió con las citadas llaves dicha arca, y vió y reconoció por todos que estaba forrada en lo interior con igual tela que lo exterior, cubiertos los sagrados huesos con almohadillas ó colchoncillos de más de tercia de largo, forrados de raso liso blanco y uno encarnado.

Levantados, se descubrió sobre otro colchoncillo del largo de la misma arca, la cabeza ó calavera del Santo, la cual expresó la Excma. Señora Duquesa de Osuna (Condesa-Duquesa de

Benavente) *haber reconocido tres veces con esta, y que era la misma que había visto las dos anteriores: estaban también tres cañas ó huesos de las piernas ó muslos, las dos espaldillas ó paletas y otros dos huesos bastante crecidos, ligados con unas gasas.*

Alzado por el Sr. Obispo auxiliar por un lado el colchoncillo sobre el cual descansan los huesos posteriores, se descubrió que debajo de él y encima de otro se hallan igualmente muchos huesos de diversos tamaños; por lo cual se juzgó y creyó por los circunstantes que estaban presentes, que la citada arca contenía la mayor parte de los huesos del expresado San Francisco de Borja.

En continuación y sin haberse alterado en nada la colocación en que se hallaban, fueron adoradas por el Sr. Vicario, Ilmo. Sr. Auxiliar y demás Excmos. Sres. Eclesiásticos y cuantas personas se hallaban reunidas, y por los primeros se tocaron á los huesos del Santo los rosarios, medallas, pañuelos y cintas que les dieron para este fin.

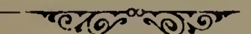
Concluída esta operación y vueltos á colocar los colchoncillos que tapan dichos huesos, se cerró el arca por S. I., y cerciorado yo, el Notario, de estarlo efectivamente, pues al efecto hice el reconocimiento oportuno, tomó el Sr. Vicario las dos llaves que le había entregado el P. Prepósito de San Felipe Neri, y se las devolvió á este

mismo para su custodia, haciendo igual entrega al apoderado general del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli y Santisteban, D. Francisco Hernández de Ariza, de las dos que le había dado al principio para abrir, para que las conservase según lo había hecho hasta ahora, y le correspondía por el derecho de patronato referido. En este acto le pidió á éste el Sr. Vicario que le entregase dos llaves que S. S. había recogido pocos días antes, y que también abren y pertenecen á dichas arcas, las cuales parece que se habían hecho nuevas de orden del Gobierno intruso, cuando mandó la traslación de aquéllas desde la iglesia de San Felipe á esta del Salvador, y que en la duda de si correspondían á las arcas, por no tener señal alguna, había dado dicho Sr. Vicario al P. Prepósito para que hiciese el oportuno reconocimiento, y dicho P. Prepósito las había entregado á dicho Apoderado General: rehusó éste la citada entrega, por expresar que no debía haber más llaves que las cuatro que acababan de servir, y quería quedarse con ellas para inutilizarlas: mas el Sr. Vicario le manifestó que esta operación tocaba á su autoridad, en quien residía la jurisdicción necesaria para ello. y la acordaría y haría ejecutar inmediatamente que pudiera haber otras dos también espúreas, que había noticia de la persona en quien paraban;

previniendo al citado D. Francisco Hernández las entregase. Así lo ejecutó á presencia de todos diciendo que ejecutaba la entrega haciendo á nombre del Excmo. Sr. Duque, su principal, la protesta necesaria sobre ella, y pidiendo que se extendiese y expresase en esta diligencia.

Todo esto oía la Benavente y callaba como una muerta durante el altercado, como si nada fuese con ella ni se hallase al parecer muy dispuesta á soltar sus *llaves espúreas*, que no sabemos si el Sr. Vicario le reclamaría más tarde. Podemos asegurar, sin embargo, que la persona que escribe estas líneas las vió hace más de doce años en el archivo de Osuna, intactas y muy bien conservadas, en una bolsita de gamuza que cerraban cordones de seda.

Encendieron entonces hachas todos los circunstantes, y tomando el arca por sus cuatro manecillas el Vicario de Madrid y los tres Obispos presentes, la condujeron con gran reverencia hasta la puerta de la iglesia. Colocáronla allí en el coche de la Condesa-Duquesa de Benavente, subiendo con ella el Obispo auxiliar, el Vicario y el P. Prepósito, y alumbrando el coche todo el cortejo, bajó pausadamente por la calle Ancha de San Bernardo hasta llegar á la iglesia de San Felipe.





XVIII

ESCAPARON milagrosamente los Felipenses al feroz degüello de 1834: mas lejos de escapar del mismo modo al decreto de exclaustración que le siguió tan de cerca, fué su iglesia de la Plazuela de Herradores la primera que se derribó en aquella azarosa época de tantos peligros y desastres.

En vano interpuso el Duque de Medinaceli sus derechos de patrono, para salvar el glorioso templo de San Francisco de Borja: atropelláronse sus derechos y decretóse el derribo, y tan sólo consiguió el Duque que se le permitieran trasladar las reliquias de su santo abuelo el Duque de Gandía á la iglesia de San Antonio del Prado, que era también de su patronato.

Volvieron, pues, las sagradas reliquias al cabo de doscientos diecinueve años á aquel templo que se levantó para ellas y fué el primero que ocuparon en España. Y fué cosa lastimosa que contristaba el corazón y traía lágrimas á los ojos, ver entrar de noche, á oscuras, como fugitivas y á hombros de ganapanes, aquellas sagradas reliquias que habían salido de aquel mismo templo dos siglos antes con la pompa magnífica que ya hemos descrito, llevadas en carro triunfal por diez nietos del Santo, todos Grandes de España.

Verificóse la traslación el 5 de Noviembre de 1836, á las siete de la noche, y abriéronse las arcas y se hizo el reconocimiento en San Felipe ante el Vicario de Madrid D. Pedro Sáinz de Baranda, el apoderado del Duque de Medinaceli D. Aniceto Gazapo y el presbítero D. José Salvador Puigdevall, puesto allí por el Gobierno para custodiar la iglesia desde la exclaustración de los Felipenses.

Hízose el reconocimiento en la misma forma que los anteriores, y encontráronse las reliquias intactas y en la misma disposición en que habían estado siempre. Hubo, sin embargo, una diferencia muy notable en el procedimiento, y fué que, una vez cerradas las arcas, entregó el Vicario de Madrid al apoderado de Medinaceli las dos

llaves que le correspondían, y guardó las otras dos para el Arzobispo de Toledo, que las reclamaba en derecho, no existiendo ya en Madrid los antiguos Prepósitos de la Casa-Profesa de San Francisco de Borja.

Entregó también en aquel mismo acto el presbítero Puigdevall al Vicario de Madrid la auténtica de las sagradas reliquias, escrita en pergamino y encerrada en una caja de hoja de lata redonda, como de media vara de larga. Habíase conservado siempre esta auténtica con las sagradas reliquias en poder de los Prepósitos de la Casa-Profesa; mas desde esta traslación quedó depositada, con muy buen acuerdo, en el archivo de Medinaceli, donde al presente existe.

Al otro día, 6 de Noviembre, envió el presbítero Puigdevall á San Antonio del Prado dos lámparas de metal dorado con sus palomillas de hierro, otras cuatro palomillas de hierro para lámparas, la vidriera del camarín del Santo y un palio viejo con un Jesús bordado en el centro... ¡Aquello era todo lo que quedaba de las riquezas con que habían adornado el altar del glorioso Duque de Gandía, durante más de dos siglos, los más ilustres y preclaros de sus nietos!

Abriéronse de nuevo las arcas de las reliquias treinta años después (13 de Agosto de 1865) á instancia del Duque de Medinaceli D. Luis To-

más de Villanueva, con objeto de restaurar la urna exterior de plata, lastimosamente deteriorada: hallábase, en efecto, embadurnada aún con aquella mezcla bronceada que la libró de la rapacidad francesa; abollada en las esquinas y aun en el centro, y falta de las cinco preciosas estatuas que coronaban sus remates.

Hízose la apertura ante el Vicario de Madrid D. José Lorenzo y Aragonés, el Secretario de cámara del Cardenal-Arzobispo de Toledo don Pablo Yurre, el Rector de San Antonio del Prado D. Mariano Zuñeda, el representante del Duque de Medinaceli D. Juan Manuel Gazapo y el notario D. Segundo de la Cuerda.

Descerrajáronse dos cerraduras por haberse perdido las dos llaves que debió guardar el Arzobispo, y cerrada el arca interior después de efectuado el reconocimiento, con una sola llave que guardó el Vicario, depositóse en la capilla del lado de la Epístola, mientras se hacían otras dos llaves nuevas y se reparaba la urna de plata.

Quedó ésta muy bien restaurada, tal como está hoy, con nuevos remates en forma de jarrones y una custodia con un Jesús en el centro. Acabada toda la obra procedióse á cerrar las arcas el 5 de Octubre de 1865: mas quebráronse las guardas de una de las llaves nuevas al ce-

rrarla, y preciso fué suspender el acto hasta componerla.

Declaróse mientras tanto el cólera en Madrid, y todo quedó en suspenso hasta el 9 de Febrero del año siguiente, en que se cerraron al fin las cuatro llaves con las formalidades de siempre, y quedó colocada la urna en la capilla del crucero de dicha iglesia de San Antonio del Prado, al lado de la Epístola.

Allí permaneció tranquila veinticuatro años.





XIX

Al cabo de éstos, en 1890, encontróse otra vez de repente el Santo sin techo y sin abrigo, expulsado de aquel templo que había edificado expresamente para él el primogénito de sus nietos. Mas no eran esta vez los que le expulsaban ministros volterianos de Carlos III, ni hordas invasoras de Napoleón, ni decretos revolucionarios de Mendizábal: los que le expulsaban eran sus propios descendientes. . . . . .

. . . .

. . . Alzáronse, sin embargo, entre aquellos mismos descendientes dos voces que formaban extraño contraste: las de un anciano y un niño que reclamaban para sí la honra de amparar las

reliquias del glorioso abuelo. Era el anciano el Duque de Osuna y de Gandía, nieto de aquella famosa Benavente que con tanto orgullo se firmaba nieta primogénita del santo Duque; y era el niño el legítimo Medinaceli, el vástago primogénito de aquella ilustre casa, que reclamaba sus derechos y cumplía sus deberes por boca de su madre y tutora la Condesa de Ofalia.

Reclamaron también los Jesuítas residentes en Madrid, fundados en los derechos que les daba y aun las obligaciones que les imponía la escritura de fundación del Duque de Lerma; y ante estas tres reclamaciones diversas, hubo, como era natural, dudas y vacilaciones y consultas.

Presto, sin embargo, se aunan las voluntades cuando la buena fe las informa, y convencido el anciano Duque de Osuna de que el patronato sobre el cuerpo del Santo no venía por el ducado de Gandía, sino por el de Lerma, retiró al punto su demanda. Convinieron también los Jesuítas en que no teniendo ellos iglesia propia en Madrid, como entonces no la tenían, no les era posible cumplir á la letra lo pactado en la escritura de fundación, y dejaron igualmente el campo libre á la Condesa de Ofalia, que quería llevar el santo cuerpo á la iglesia del Jesús, patronato también de su hijo el Duque de Medi-

naceli y salvado del mismo modo por ella, á costa de grandes sacrificios y batallas.

Mas tan generosa fué esta señora y tan noble lealtad manifestó en toda su conducta, que ella misma propuso á la Compañía entregarle la iglesia del Jesús, y aun edificar en ella á costa suya una residencia capaz de albergar los Padres suficientes para sostener el culto en el templo y custodiar el cuerpo del Santo, mientras no se edificaba la iglesia de San Francisco de Borja, que ya se proyectaba entonces levantar en la calle de la Flor Baja.

Agradecieron los Jesuítas, como era razón, tan generosa oferta, y sin aceptarla por muy especiales razones, convínose en que quedara depositado el santo cuerpo en la iglesia del Jesús, mientras se terminaba la de San Francisco de Borja en la calle de la Flor; y una vez abierta ésta al culto, se trasladaran á ella las reliquias para que estuviesen allí, según lo pactado entre el Duque de Lerma y el Prepósito Provincial Luis de la Palma en la escritura de 1618, custodiadas por la Compañía como propietaria, y protegidas por los Duques de Medinaceli como patronos.

En vista de esto, solicitó la Condesa de Ofalia del Obispo de Madrid, en nombre de su hijo el Duque de Medinaceli, la traslación de las sagra-

das reliquias á la iglesia del Jesús, donde se venera la famosa y devota imagen del *Nazareno rescatado,* llamado así por haberlo sido efectivamente del poder de los moros de Marruecos, por los Trinitarios descalzos en 1682. Concedió el Obispo de Madrid la licencia que se le pedía, señalando para la traslación las ocho y media de la noche del día 2 de Mayo, y mandando se hiciese ésta *en forma privada y con prudente sigilo, guardándose el decoro y respeto debido.*

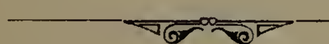
Nombró el Sr. Obispo como delegado suyo para autorizar el acto al presbítero D. Donato Jiménez, y para dar fe de todo ello al notario eclesiástico D. Ildefonso Alonso de Prado. Acudieron también, como representante del Duque de Medinaceli y de su madre la Condesa de Ofalia, su apoderado general D. Juan Sendín y Hernández, el Rector de San Antonio del Prado D. José María Gutiérrez, que había de hacer la entrega de las reliquias, y el de la iglesia de Jesús Nazareno D. Vicente Laforga, que había de recibirlas, con otros cuatro eclesiásticos y un reducido número de fieles.

Bajóse la urna de las reliquias, que pesaba treinta arrobas, y depositóse en el centro de la iglesia sobre unas parihuelas. Pidió entonces el delegado del Sr. Obispo al Rector de San Antonio del Prado juramento solemne *in verbo*

sacerdotis, tacto pectore, de que en aquella urna de plata se contenían las reliquias de San Francisco de Borja, y, hecho el juramento, requirió el delegado la misma declaración á los fieles presentes.

Rezáronse entonces en torno de la urna las preces propias del caso: *Domine, quinque talenta*, etc., y el salmo *Dixit Dominus, Domino meo*, y cubriendo el arca con una colgadura encarnada, cargáronse á hombros las parihuelas diez criados de la casa de Medinaceli. Iban detrás los ocho sacerdotes presentes con bonetes y manteos, cuatro seglares con la cabeza descubierta y una veintena de mujeres con mantillas. En esta forma atravesó el cortejo la Plaza de las Cortes, las calles de San Agustín y Cervantes, y entró en la iglesia del Jesús, donde se terminaron las preces con la antífona y la oración del Santo.

Pidió entonces el delegado del Sr. Obispo al Rector de la iglesia del Jesús juramento de que guardaría fielmente las reliquias que se le entregaban, y acto continuo colocáronse éstas en la capilla de la Huída á Egipto, sobre el altar único que en ella existe, frente á la puerta de entrada.





XX

ABRIÓSE al fin al culto la iglesia de la Compañía en la calle de la Flor, y reservóse en ella desde luego para las reliquias de San Francisco de Borja la capilla del lado del Evangelio; dejóse un muy bien acondicionado hueco para la urna que las contenía, y pusiéronse á uno y otro lado, haciendo juego, las armas de Borja y de Medinaceli.

Hechos estos preparativos, hízose la traslación secretamente el 30 de Julio de 1901, víspera de San Ignacio, poco después de amanecer. Hizo la entrega de las reliquias el Prior de los Capuchinos, residentes en la actualidad en el convento de Jesús, y recibiólas en nombre de la Compañía el Provincial de Toledo D. Jaime Vigo, y en nombre del Duque de Medinaceli

su apoderado general D. Juan Sendín y Hernández.

Llevóse el arca de las reliquias á la calle de la Flor en un gran coche de la casa de Medinaceli, y púsose provisionalmente en la capilla llamada de los Congregantes. Acto continuo celebró una misa ante las reliquias el anciano Superior de aquella residencia D. Félix Lópe Soldado. Colocóse á los pocos días en su sitio definitivo, y allí reposa al fin el Santo en su casa propia y en medio de sus hermanos, después de todos los trastornos y turbulencias que hemos referido. En el muro exterior de su capilla hállase una lápida de mármol blanco con esta inscripción:

EN ESTA URNA
ESTÁN DEPOSITADOS LOS RESTOS DE SAN FRANCISCO DE BORJA
IV DUQUE DE GANDÍA Y III PREPÓSITO GENERAL
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
DE LOS CUALES ES PERPETUAMENTE PATRONA LA NOBILÍSIMA CASA
DE LOS
DUQUES DE MEDINACELI
Y Á ÉSTA CORRESPONDE EL DERECHO DE CUSTODIARLOS
CUANDO LOS PADRES DE LA MISMA COMPAÑÍA NO PUEDAN HACERLO
EN SU PROPIA IGLESIA





APÉNDICES

APÉNDICE PRIMERO

IN NOMINE DOMINI. AMEN

PRAESENTI publico instrumento cunctis ubique pateat evidenter atque sit notum, quod Anno ab ejusdem nativitate millesimo sexcentesimo decimo septimo, Indictione XV, die vero sabbati vigesima secunda mensis Aprilis, Pontificatus autem Sanctiss. in Christo Patris et D. N. D. Pauli divina Providentia Papae Quinti, anno ejus Pontificatus XIJ, in mei Notarii publici testiumque infrascriptorum ad haec specialiter vocatorum habitorum atque rogatorum praesentia praesens et personaliter constitutus, Rmus. P. Mutius Vitellescus, Praepositus Generalis Societatis Jesu in vim facultatis vivae vocis oraculo a Sanctiss. D. N. D. Paulo Papa V, per Illustriss. et Rmos. DD. Dnum. Antonium Zapata Tituli S. Balbinae, et Dnum. Gasparem Borja Tituli S. Crucis in Hierusalem S. R. E. Praesbyteros Cardinales nuncupatos, ut ipsi Illmi. DD. affirmarunt obtentae, sponte et ex certa ejus scientia, liberaque et spontanea voluntate, et omni meliori modo via, jure, causa et forma, quibus magis, melius et efficacius de jure fieri potuit, et debuit, ac potest et debet, cum praesentia tamen et assistentia supradicti Illmi. D. Card. Borja, testiumque infrascriptorum, tradidit et consignavit prae-

dicto Illmo. D. Card. Zapata praesenti et acceptanti cadaver et ossa Servi Dei Francisci de Borja Tertii Generalis dictae Societatis Jesu, quod cadaver et ossa post ejusdem P. Francisci óbitum traditum fuit Ecclesiasticae sepulturae in Ecclesia Jesu Urbis Domus Professae dictae Societatis, in qua Ecclesia hodie dictum cadaver et ossa reperta fuerunt, et in quadam capsa cedrina intus plumbata et decenter ornata recondita. Hanc autem traditionem et consignationem praedictus Rmus. P. Mutius Vitellescus cum praesentia et assistentia supradicta fecit supradicto Illustriss. et Rmo. D. Card. Zapata praesenti etc. ad effectum tamen cadaver et ossa praedicta per suam Illmam. Dnationem deferendi in oppidum Madritti, et illa tradendi et consignandi Illustriss. et Excellmo. D. Don Francisco Gomes de Sandoval, Duci de Lerma et Marchioni de Denia, super quibus omnibus et singulis praemissis petitum fuit a me eodem Notario publico infrascripto, ut de praedictis omnibus et singulis unum vel plura publicum seu publica facerem atque conficerem instrumentum et instrumenta prout opus fuerit et requisitus ero. Actum Romae in regione Pineae in Sacello seu Sacrestia dictae Ecclesiae Jesu, praesentibus ibidem, audientibus et intelligentibus his videlicet D. Santio de Rojas et Borja, D. Don Petro Ponze de Leon, D. Don Martino Carillo Ord. S. Jacobi, D. Don Joanne de Artés, et R. P. Alphonso Carillo Assistente dictae Societatis, testibus ad praedicta omnia et singula vocatis, habitis atque rogatis.

L. † S.

Et quia ego Angelus Justinianus civis Romanus publicus Dei gratia, Apostolica auctoritate et curiae Capitolii notus de praedictis rogatus fui, ideo praesens instrumentum subscripsi et publicavi meoque solito et consueto signo signavi requisitus.

Reg.do T.o 1175.

Nos Dominicus Pedacchino Octavius Bonus et Vincentius Cuccinus, ad praesens Camerae Almae Urbis Conservatores, fidem facimus et attestamur supradictum D. Angelum Justinianum de praemissis rogatum, ac qui praesens subscripsit et publicavit instrumentum, fuisse et esse publicum verum legalem nostraeque curiae authenticum notarium, scripturisque suis publicis et similibus semper in judicio et extra

adhibitam fuisse et de praesenti indubiam adhibere fidem. In quorum fidem has praesentes fieri et per nostrum Secretarium subscribi, sigillique nostri, quo in talibus utimur, jussimus et fecimus appensione munirì. Datum Romae ex nostro solito Palatio Curiae Capitolii hac die quinta mensis Maji 1617.—Jo: FELIX JUVENALIS.....

....

APÉNDICE SEGUNDO

CANCIÓN Á SAN FRANCISCO DE BORJA

DE D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Al que nace glorioso
No más de porque nace
Destinado al dosel, desde la cuna,
Y sin lid victorioso,
Propio mérito hace
El que es gracioso don de la fortuna.
Poca gloria ó ninguna
Su espíritu ha debido:
Que el blasón heredado
Es un tesoro hallado
Sin el heróico timbre de adquirido:
Pues sólo lo merece
El que á ser más de lo que nace, crece.
Es la vida batalla
En que no se corona
Quien vencedor de sí no se apellida.
Luego aquél, que se halla
Tan fuerte, que abandona
Los militares riesgos de la vida
Es el que merecida
Consigue la victoria.
Bien Francisco lo diga,
Pues contra la enemiga

Hueste, que acaudilló la vana gloria
Cercado de su abismo
Vencido vencedor fué de sí mismo.
De cuantas venenosas
Fieras en Real Palacio
La sangre alimentó de más nobleza,
De cuantas cautelosas
Astucias en su espacio
Monstruosos partos son de la grandeza,
Supo su fortaleza
Arrastrar los despojos,
Negando sus sentidos
Á la lisonja oídos,
Labios al ocio y séquito á los ojos.
¡Oh, cuánto á sí se debe
Quien contra sí sus mismas armas mueve!
Ó mucha industria, ó mucha
Cautela prevenía
Robusto Gladiator, que sin abrigo,
Para entrar en la lucha
Las ropas deponía
Por no dar de que asir al enemigo.
De este ardid sea testigo
El mundo, al mirar cuando
Le lidia desasido
El que hollar ha sabido
Ducal corona, arnés, púrpura y manto,
Con que al verle desnudo
Á quien no pudo asir, vencer no pudo.
Humilde pluma mía
Abate, abate el remontado vuelo:
Que es sobrada osadía
Seguir á quien ya es Sol de mejor cielo.
Y bástele á tu zelo
Que su triunfante día
Cuarto Francisco ve la Compañía
De aquellos tres en cuyo paralelo
Cuatro astros que su eclíptica hermosean
Asís, Paula, Xavier y Borja sean.

APÉNDICE TERCERO

ENDECHAS Á SAN FRANCISCO DE BORJA

DE D. ANTONIO DE SOLÍS

Parece que se escuchan
De aquel cadáver hierto
Avisos, que revelan
Divina Providencia, tus secretos.
Ó nacieron los ojos
Capaces de preceptos,
Ó tienen voz las sombras
Ó se entienden el alma y el silencio.
Miraste, ¡oh gran Francisco!
Y en lo interior del pecho
Lo dócil de tus ojos
Aumentó la elocuencia del objeto.
Esa rara hermosura,
Que con segundo imperio
Robó las atenciones
Mandando en la razón de los afectos.
Ya formidable, sólo
Merece al más atento
Un horror reverente
Formado en los desmayos del respeto.
Esa edad floreciente,
Cuyo verdor primero,
Distancias del estío,
Y olvidos afectaba del invierno.
Triunfo es ya de la Parca,
Y triunfo el más severo,
Pues al morir parece
Que muere más, quien pierde más aliento.
La Majestad suprema,
Ídolo, en cuyo obsequio
Á más que adoraciones
De medio mundo se fabrica un templo.

Ya es sólo una pavesa,
Caduco lucimiento,
De exalación que nace
Para desvanecer resplandeciendo.
Contigo hablan, Francisco,
Esos triunfos, del tiempo,
Tirano cauteloso,
Enemigo que huye, y vence huyendo.
Letras hay que declaran
El lenguaje del cielo:
Letras que siempre duran,
Escritas en el polvo postrimero.
Y tú las entendiste,
Tan pronto á su concepto,
Que el mismo desengaño
Adquirió luces en tu entendimiento.
De tu Reina el estrago
Te advirtió de tu riesgo:
Ó lo que á Dios importas,
Pues tanto te autoriza los exemplos;
Ó lo que tú (abrazando
El Divino Consejo)
Con sujeción heróyca
Le ilustraste también los escarmientos.
De un Reyno que se acaba
Sacas sed de otro Reyno:
Temer y aspirar sabes!
¡Generosa ambición, hija del miedo!
Con ardientes fervores,
Allá en tu pensamiento,
De mortales ruinas
Se formó el horizonte de lo eterno.
Raro encuentro de causas!
Con tus mismos afectos
Vida infundió la muerte,
Y se produjo en la ceniza el fuego.
Desprecios de la tierra
Nuevo esplendor te dieron,
Ignacio su enseñanza,
Jesús su Compañía, y Dios su Reyno.
Desprecios de la tierra
Que lograste advirtiendo,

Que se hizo (y no acaso)
Para los pies del hombre su elemento.
  Príncipes, la memoria
De aquel cadáver regio,
Y de ese altar el culto
No dan voces á espíritus plebeyos.
  Ved cómo pisa el mundo
Sus glorias y sus cetros,
Y ved (si esto no basta)
Cómo venera el mundo sus desprecios.



